

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

un callejón llamado odio

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

PETER DEBRY

UN CALLEJÓN LLAMADO ODIO

Colección PUNTO ROJO N° 568

Publicación Semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 1.277 – 1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1973

© **PETER DEBRY – 1973**

texto

© **ENRIQUE MARTÍN – 1973**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA:**

1.294. — Corral de endemoniados.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.175. — El asesino es ciego.

En Colección **BÚFALO:**

950. — Cazador de apaches.

En Colección **CALIFORNIA:**

807. — La muerte a la grupa.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección **COLORADO:**

761. — El retorno del fusilado.

En Colección **PUNTO ROJO:**

565. — El crimen máximo.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

663. — La marca del desesperado.

En Colección **KANSAS:**

720. — Banda de embrujados.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL:**

97. — La maldición de Laffit.

En Colección **BRAVO OESTE:**

550. — Dos para un patíbulo.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

10. — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco de la madrugada, un rumor persistente arrancó a Clem Sterling de su profundo sueño. Su primera reacción fue experimentar una honda y sincera indignación.

Tenía razones bien fundadas, para estar indignado. Hacía poco tiempo que se había acostado, ya que había pasado la mitad de la noche buscando en vano a Melvin Garland.

Sin encender la luz, tendió la mano en tanteo para coger el teléfono. Volcó una botella y aplicándose el auricular, emitió varias imprecaciones vigorosas.

Por respuesta, oyó solamente el zumbido intermitente de la señal de modulación.

Siendo Clem Sterling detective, dedujo inmediatamente que el aparato no tenía nada que ver con su brusco despertar, llegando a la conclusión de que alguien llamaba a la puerta.

Volvió a ahorquillar el teléfono con suavidad, tendiéndose en la dulce esperanza de que el personaje que estaba aporreando la puerta se cansaría y se iría a dormir, como era de rigor a aquella hora intempestiva.

Pero el redoble del puño sobre la puerta repicó con mayor insistencia.

Suspirando, Clem Sterling abandonó las sábanas. No le cabía ya la menor duda de que el atrevido despertador, sólo podía ser el poderoso y tiránico Beck Garland, su patrón.

Sentado en la cama, imprecó entre dientes:

—Ya voy, ya voy. Sanguijuela, vampiro, déspota.

Colocó los pies desnudos sobre la alfombrilla, tanteando para calzar sus zapatillas, y respingó estremeciéndose, porque la planta de sus pies se habían empapado en el charco de la botella volcada.

Apretando los dientes, encontró por fin el interruptor y encendió. Mirándose al espejo, pensó que tenía un aspecto salvaje. Tiesos los negros cabellos, hinchados de sueño truncado los ojos azules, su rostro anguloso expresaba un hondo furor.

Desperezando su larga anatomía, se aproximó a la puerta, que parecía a punto de rendirse al tamborileo de dos puños. Se ciñó el batín, y abriendo la puerta, se apartó.

No quería ser atropellado.

Beck Garland irrumpió en la habitación como un búfalo embistiendo.

—¡Ya era hora, dormilón! ¡Llevo media hora llamando!

Físicamente era impresionante, Beck Garland. Macizo, de rostro cuadrado, mandíbulas salientes, manos velludas y bigote en cepillo, daba una impresión de enorme vitalidad.

Emigrante irlandés, a los veinte años había endosado su primer cheque con una cruz y el pulgar entintado. A los cuarenta y cinco, era el dueño de una compañía petrolífera, la *Gulf Range*, y principal accionista de varias sociedades.

Todo un personaje. Fríamente tiránico.

Pero en aquellos momentos tenía el rostro congestionado, y sus ojos fulminaron a Sterling.

—¿Dónde está Maureen?

El detective Sterling empleó la táctica optimista:

—Es muy posible que esté en casa.

Maureen Garland y Melvin Garland, hermana e hijo, respectivamente, del prohombre, constituían la base del amplio sueldo del detective Sterling, cuyo trabajo consistía esencialmente en evitar que los familiares de Beck Garland figurasen en los periódicos.

Sólo podían constar en los Ecos de Sociedad.

En la ciudad, Clem Sterling era considerado el brazo derecho del viudo Garland.

—¿En casa? ¿En casa? —bramó Garland—. ¡Nunca está en casa!

Y midiendo la habitación a grandes zancadas, se desfogó:

—¡Es desesperante! Abandono la ciudad unas horas tan sólo, y desaparecen Maureen y Melvin.

Se interrumpió en su paseo, para asestar un índice acusador hacia el detective.

—¡Y también por tu culpa tengo por nuera a esta maldita Sandra! Me aseguraste que casándose con Melvin, ella sería una perfecta mujercita de su casa. Y lo que es, ¡es una condenada aventurera!

—Sandra no es una aventurera, Beck.

—¿No? ¿No? ¿Pues qué otra cosa es Sandra? ¡Fue la novia de Joe Cairo!

—Lo fue, antes de enamorarse de Melvin.

Garland sacó del chaleco un cigarro, mordió la punta y la escupió rabioso. Parecía morder también las palabras:

—Las próximas dos semanas son vitales, definitivas, y lo sabes, Clem. Un pequeño escándalo y perdería yo las elecciones. Gutman está esperando la ocasión para abalanzarse como un lobo hambriento sobre cualquier escándalo de los Garland, para hundirme en las elecciones. Regreso de mi viaje, ¿y qué es lo que me encuentro? Mi hermana Maureen de excursión a las cinco de la mañana. Mi hijo Melvin, peleado con Sandra, ha desaparecido. Y mientras, ¿qué haces tú? ¡Dormir! Eso es: ¡dormir!

—De vez en cuando es indispensable dormir, Beck.

Se dirigió a la diminuta habitación, para prepararse café. Lo necesitaba con urgencia.

Junto a la puerta, vociferó Garland:

—¡Y mientras, el lobo hambriento de Gutman buscando la ocasión para hundirme! No sólo a mí, sino al alcalde Martyn. Gutman posee los dos periódicos principales.

El agua se puso a hervir, y un grato olor a café inundó la cocina. Clem Sterling aspiró ruidosamente, con deleite. Preguntó:

—¿Y Dupont? Él sabrá dónde está Maureen.

Dupont era el mayordomo luisiano de la familia Garland.

—¡Dupont! ¡Dupont! —reiteró Garland, con una risita que pretendió fuera un compendio de sarcasmo—. Dupont es como tú, un condenado dormilón. Y hablando de Maureen... ¿Crees tú que esté enamorada de Boyd Conrad?

—Pudiera ser —opinó Sterling en tono indiferente, llenando de café dos tacitas—. Por ahora, no lo sé con seguridad.

—¡Sí que lo sabes!

Sorbió Sterling con pequeñas aspiraciones golosas el café y, vaciada la taza, manifestó:

—A veces lamento que nos salvásemos la vida mutuamente en el Vietnam. Estábamos en paz, pero soy un sentimental, y me pongo a pensar que te debo la vida y que vives porque estábamos los dos en el mismo batallón. Me pagas un sueldo fenomenal, Beck, pero a veces preferiría volver a ser lo que era antes. Un simple detective con más deudas que cabellos, y no un esclavo de los Garland. Y ya que estamos en vena de confidencias, apúntate una, Beck Garland.

Agitó Sterling el índice para dar mayor fuerza a sus palabras:

—Tu hermana Maureen es como es, porque le haces la vida imposible. Estás empeñado en que se case con alguien socialmente a tu altura. Tú dispones de todo el dinero y la amenazas con dejarla sin un centavo, si se casa con alguien que no esté a la altura de Beck Garland. Y eso es una canallada. Hoy tienes millones, pero, ¿qué tenías hace diez años? Empuje, coraje, y hambre de llegar. ¡Has llegado! Deja en paz a tu hermana. Déjala que se case con quien quiera.

—Maureen es una irresponsable y no estoy dispuesto a permitir que me comprometa en las inmediatas elecciones. Además, ¡te pago para que funciones, no para que me sermonees! ¡Busca a Maureen y tráela a casa! ¿Entendido?

—Entendido, patrón.

Pasó Sterling al cuarto de baño, para vestirse, mientras en la alcoba, Garland paseaba como una fiera enjaulada.

Anudándose la corbata, entró en la alcoba.

—¿Te dijo Dupont qué coche había cogido Maureen?

—El «Cadillac».

Acercándose al teléfono, marcó Sterling el número correspondiente al domicilio de Harry Castel, detective, que también figuraba en la nómina de Garland, como ayudante de Sterling.

—Hola, Harry. Hemos vuelto a perder a Maureen. Visita los clubs conocidos y me telefoneas al número...

Dictó el correspondiente al domicilio de Boyd Conrad, el aspirante a la blanca mano de Maureen Garland.

—Me llamas a este número, dentro de media hora.

—¡Canastos! Yo creí que buscábamos a Melvin.

—Y así es, pero ahora hay un complemento: la excelsa Maureen. Pitando, Harry.

Colgó para ir a recoger su sombrero y abrigo. Y volviéndose a Garland, sugirió:

—¿Y si fueses a dormir un poco? Mañana, quiero decir hoy, tienes una reunión. Además, la señorita Jardine tiene algunos documentos esperando tu firma, si es que no has olvidado que, aparte de tu hermana e hijo, te ocupas también en negocios de petróleo.

—¡Si me entero que Maureen y Conrad...! ¡Le retuerzo el cuello! ¡A Boyd Conrad, naturalmente!

—Es precisamente lo que Gutman acogería con grandes vivas de entusiasmo. A ti, en el fondo, lo que ha de importarte es que Maureen no aparezca en los periódicos. Te telefonearé apenas tenga noticias.

Beck Garland salió de la habitación como había entrado. Embistiendo.

Poco después, Sterling conducía hacia el barrio de la colina, en que se hallaba la *Regence*, residencia de estudios.

Boyd Conrad, al abrir la puerta, no manifestó la menor amabilidad, cosa que no sorprendió a Sterling.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Conrad secamente, manteniendo la puerta medio abierta.

Era un hombre guapo, de ojos brillantes, negro cabello ondulado, modales elegantes. Era uno de los asesores jurídicos de la *Gulf Range*.

—Lamento arrancarle del blando lecho, Conrad, pero he pensado que tal vez sabría usted indicarme dónde está Maureen Garland.

Conrad vestía un batín negro, con iniciales bordadas en escarlata. Un pañuelo también escarlata rodeaba su cuello. Pero Sterling observó que bajo el batín asomaba el pantalón gris y los zapatos.

Muy temprano para estar despierto. Deducción: no se había acostado.

—No me gusta la gente que viene a meter las narices en mis asuntos privados, Sterling —manifestó Conrad, agresivamente.

—Lo comprendo perfectamente, porque soy un hombre tolerante.

Y terminando su frase, empujó Sterling con la mano abierta sobre las iniciales escarlata. Conrad se vio obligado a retroceder para no perder el equilibrio. Lo recuperó reclinándose en la pared.

—Vamos a hablar como personas correctas y sin que se enteren los vecinos —propuso Sterling cerrando la puerta—. ¿De acuerdo?

Boyd Conrad esbozó una mueca desdeñosa:

—No me queda más remedio que oírle, Sterling. Pero de persona decente, aquí dentro, sólo hay una.

—Aparentemente usted, ¿no? Abreviemos, Conrad. ¿Está aquí Maureen?

—¡No!

—¿Estuvo con usted?

—Efectivamente, he salido con la señorita Garland esta noche, que en su coche me dejó ante la puerta de esta residencia.

—¿A qué hora?

—Hace ya más de una hora.

—¿Y cómo es que sigue usted vestido?

—Estudiaba unos documentos.

—¿Estaba Maureen en perfecto estado de salud?

Y Clem Sterling levantó la diestra. Enrojeció furioso Conrad, pero hacía tiempo que sabía que el detective Sterling no se caracterizaba por su finura,

—¡La señorita Garland estaba completamente sobria!

—Eso es lo que parece, porque aguanta como un cosaco. Me he permitido dar su teléfono a un amigo que debe llamarme aquí de un momento a otro. ¿Le molesta que espere aquí?

—Mucho —replicó Conrad, secamente—. Pero no puedo impedírselo.

Entró Sterling en el *living*. Una estancia distinguida que se entretuvo en recorrer, abriendo dos puertas.

Cuando comprobó que el piso no tenía más moradores que él y Conrad, volvió a sentarse, diciendo:

—Le creo, Conrad. Me basta con su palabra. Maureen no está aquí.

El teléfono repiqueteó y Sterling, cogiéndolo, oyó la voz de Castel:

—Tengo la pista, Clem. Un periodista me ha hablado de un jaleo en el bar de Bill Meyer. Irrumpieron los patrulleros llevándose a una mujer responsable del follón. La excelsa Maureen Garland.

—¿Y qué es lo que te hace pensar que se trata de la dama en cuestión?

—Porque su «Cadillac» sigue estacionado cerca del bar de Meyer. Y no es porque tenga avería. Funciona. Te espero en la comisaría octava.

CAPÍTULO II

En el banco alineado contra el muro, junto al tribunal, se sentaban diez detenidos. Entre ellos, tres mujeres. Entre estas, Maureen Garland.

Al fondo de la sala, Clem Sterling, pensaba que dentro del mal, era una suerte que los detenidos fueran juzgados por el llamado tribunal del alba.

No había público y los dos únicos periodistas, dormitaban. Procuró Sterling sentarse de modo que no pudieran reconocerle los de la Prensa, si abrían los ojos.

A su lado, Harry Castel parecía estar en plena forma, Viéndole, jovial y alerta, nadie pensaría que aquel muchacho dormía una noche de cada tres.

—Deberían encerrarla en Montrose —susurró Castel.

—¿Montrose?

—El sanatorio para bebedores incurables.

—¿Culpable o no? —especificaba el juez, según la fórmula ritual.

Tenía aspecto de persona recién despertada contra su voluntad.

La acusada de mendicidad ante el tribunal de un solo componente, rió:

—¿Y usted qué opina, juez?

El juez permaneció impasible, repitiendo:

—¿Culpable o no?

—Culpable —admitió la mendiga, conocedora de las leyes.

Reconociéndose culpable le correspondía el mínimo de castigo.

Se fue escoltada por un ujier.

—Carol Finland —llamó el juez.

Maureen Garland se levantó para franquear el espacio que separaba los detenidos del estrado.

Clem Sterling pensó que la cosa marchaba bien. Ella no había dado su verdadera identidad. Pensó también que debía haber perdido su bolso, porque si no los policías no la habrían dejado comparecer usando un seudónimo.

Harry Castel se levantó y vino a colocarse tan cerca de Maureen como se lo permitía la barrera.

El juez, adelantando el busto, se fijó en Maureen.

—Está usted acusada de embriaguez pública y escándalo en el bar de un tal William Meyer. ¿Culpable o no?

—Señoría... —empezó a decir Maureen, con voz algo pastosa.

—¡Señoría! —clamó Harry Castel.

Maureen, girando la cabeza, reconoció al ayudante de Sterling. Cerró

los ojos, vacilando un poco sobre sus piernas.

El juez inquirió, severamente:

—¿Qué le ocurre, joven?

Harry Castel adoptó una expresión de humilde respeto. Algo difícil para su carácter normal.

—Ella se declara culpable, señoría, y suplica clemencia.

—¿Cuál es su parte en este acto, joven?

—Es mi hermana.

El juez miró a Maureen:

—¿Es éste su primer arresto, señorita?

—Sí —murmuró ella, débilmente.

—¿Testigo de cargo?

Un hombretón de cara poco agradable se aproximó:

—¡Ha roto por cien dólares de cristalería en mi bar, señoría!

—Pagaremos los daños, señoría —afirmó Harry Castel.

—¡Treinta días! —decretó el juez, dando un martillazo y añadió la fórmula que estaba ansiando oír Sterling—: O pago de la multa correspondiente y los tasados daños en cien dólares.

Harry Castel, asintiendo, se aproximó al ujier cobrador.

Clem Sterling abandonó la sala. Momentos después llegaba al coche de Harry Castel, sentándose atrás. Examinaba por el retrovisor la salida.

Vio por fin a Maureen caminando asida por el codo por Castel y comprobó que nadie les seguía. No bajó a abrir porque cualquiera podía reconocer en él al brazo derecho de Beck Garland.

Mentalmente deseaba tener quince días más de edad y que estuvieran ya liquidadas las malditas elecciones. Y reelegido David Martyn, el alcalde, íntimo amigo y protegido de Beck Garland.

Maureen Garland, sentándose, reclinó su cabeza sobre el hombro del detective Sterling:

—¡Oh, Clem, estoy avergonzadísima!

—¡Oh, Maureen, estoy reventadísimo! —y apartándola contra la esquina del asiento, conminó Sterling—: En marcha, Harry.

Sólo media milla más allá, volvió a hablar Sterling, dirigiéndose a Castel:

—Me dejas en *Civic Center* y llevarás a la señorita Garland a su casa. Mucho cuidado que no vuelva a salir la señorita Garland, Harry.

Maureen Garland rió algo histéricamente antes de decir:

—Sí, señor Castel, es preciso que se cuide mucho de la señorita Garland. No es más que una niña. Mimada, totalmente irresponsable y quizá un poco demente.

Harry Castel siguió conduciendo en silencio.

Y de pronto, al prolongarse la pausa de silencio, chilló ella:

—¡No lo consentiré!

Clem Sterling ladeó el rostro para mirarla con fingida sorpresa:

—¿Qué es lo que no consentirá, señorita Garland?

—Tanto... espionaje... Esta manera de espíarme...

Clem Sterling rió con lástima y cansancio.

—Vamos, vamos. Debería estarnos agradecida por haberla sacado de apuros. Si no llega a intervenir Harry con tanto talento, ¿sabe lo que habría sucedido, señorita Garland? Todo el alcohol que ha deglutido usted, no la habría bastado para exterminar los piojos, chinches y pulgas que corretean por la celda en la que habría veraneado durante treinta largos días.

Estremeciéndose, murmuró ella:

—¡Le odio, Sterling!

—Me consta —sonrió el detective, plácidamente—. Todo el mundo odia a quien le salva y protege.

Adelantando la diestra, agarró Sterling por el cuello a Maureen Garland y su tono plácido se trocó por uno agresivo:

—Aunque aparenta sólo veinticinco años, tiene usted ya treinta y pico, Maureen. Y estamos todos hasta la coronilla de usted. ¿Me comprende? Si se enterase su hermano, se pondría a patalear de rabia. Y posiblemente patalearía sobre su gentil anatomía, Maureen.

—¿No se lo va... a contar a Beck?

—Creo que no —y apartando su mano, rezongó Sterling—: Siempre que he podido hacerlo, le he evitado disgustos con Beck.

—¿Por qué?

—Porque en cierto sentido me inspira usted lástima, jovencita. No es fácil ser la hermana del ambicioso Beck. Y además, es usted como es.

—¿Y cómo soy? —preguntó ella, con sonrisa insinuante.

—Para decirlo finamente, es usted una sedienta de alcohol. Bebe como una esponja y acabará mal. Hace poco se retrató usted bastante bien; sobre todo en lo relativo a estar como una cabra.

—¿No podría usted emplear términos más gratos? Diga, por ejemplo, que me falta un tomillo.

—Está usted como una cabra, y trata de inundarse en alcohol. Pero empiezan hoy los quince días que cuentan triple. Beck quiere que el alcalde Martyn sea reelegido. Y Martyn no será reelegido si usted arma escándalos, que pueden repercutir en el protegido de Beck.

Ella alzó los hombros, en gesto de plena indiferencia. Se maravilló Sterling de la facultad que tenía Maureen Garland de asimilar grandes dosis de licor, recuperándose prontamente.

—Lo que mi hermano desea, me tiene plenamente sin cuidado.

—Él es quien tiene el dinero, Maureen, y si quiere usted continuar viviendo a lo grande, sin reparar en gastos, es preciso tener en cuenta los

deseos de Beck.

Volvió Sterling a coger por el cuello a Maureen, atrayéndole la cabeza sobre su hombro y añadió en tono cariñoso:

—Después de todo, preciosa criatura, Beck es generoso, ¿no? ¿Vamos a ser buena, nenita?

Ella empezó a llorar silenciosamente. Y dijo con voz trémula:

—¿Cómo puede ser usted tan bueno a ratos y de pronto tan odioso?

—Soy un camaleón. ¿Dónde está su bolso, Maureen?

—Pues... no tengo la menor idea. Lo debí perder en el bar, cuando le sacudí en toda la cabezota a ese grosero sujeto llamado Meyer.

Clem Sterling preguntó:

—¿Qué clase de tipo es ese Meyer, Harry?

—Cogió los cien dólares, firmándome el recibo. Pero la cristalería que rompió la señorita Garland no llegaría ni a diez dólares.

—Es posible, pero a veces ser tacaño cuesta después mucho dinero. Por cierto, Harry, antes me hablaste de un sitio llamado Montrose. ¿Qué tal es el local?

—Fantástico —masculló Castel aferrado al volante y consciente de que su nuca estaban perforándola los ojos de Maureen—. La clientela es muy distinguida. Dirige la casa un doctor llamado Alex Virgil.

—Ya. Un tipo con pechera almidonada y modales de marqués.

—No, no. Es un tipo bastante normal.

—Mejor para él entre tanta cabra —y mirando de soslayo, comprobó Sterling que las facciones de Maureen se habían endurecido—. Vaya pensando en esto, señorita Garland. Empiezo a estar harto de usted, y me está entusiasmando la idea de encerrarla una temporada en el distinguido local del doctor Virgil. Dicen que coge una cabra y la devuelve convertida en persona. Recuérdelo, Maureen.

Destellaron las verdes gemas oculares de la señorita Garland:

—¡Mi hermano no se atreverá a hacerme eso!

—¿No? Le consta que sí y sobradamente, como vuelva usted a armar jaleo. Por cierto, Harry, no es preciso que conduzcas a la señorita Garland hasta su casa. Déjala junto a su «Cadillac». Por la cuenta que le tiene ya volverá ella a casita. Déjame aquí mismo.

Frenó Castel y bajando, añadió Sterling:

—Cuidado, señorita Garland. Recuerde al doctor Virgil. Adiós.

Desde un bar llamó a la casa de Garland. Beck Garland no estaba y era demasiado pronto para encontrarle en su despacho.

Sterling fue a ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa. Después de desayunar, se encontró en forma. A las nueve menos cinco, penetraba en el edificio de la *Gulf Range* y el ascensor le dejaba en el piso doce.

Ketty Jardine le miró con aire inquisitivo:

—Has estado de nuevo trasnochando, Clem.

—Yo no. Los demás sí y me obligaron.

Admiró de nuevo Sterling el reflejo de los ojos de Ketty Jardine. Desde que la conocía, intentaba adivinar el color de aquellos ojos. A veces le parecían gris plata, otras topacio...

Lo cierto es que, viéndose en ellos, Sterling sentía el ansia de cambiar de existencia y de estado. Inclinandose, rozó con los labios el cabello femenino:

—¿Qué tal se encuentra la divina secretaria del tirano Beck?

—¿Quién era esta noche? ¿Melvin o Maureen? —preguntó ella, acercándose a la ventana.

Enlazándola suavemente por el estrecho talle, murmuró él:

—Siempre estoy persiguiendo a un Garland. Con lo bonito que sería poder dedicarte todas mis horas, preciosa...

—Sandra ha telefoneado —manifestó Ketty Jardine apartando el brazo masculino y alejándose de nuevo—. Y por mí puedes continuar siendo toda tu vida el sabueso de la *Gulf Range*, el perjuro, el intrigante, el terror... Te gusta ser la eminencia gris de la *Gulf Range* el pendenciero sabueso en quien confían Garland, el alcalde Martyn y comparsas. Pero cuando ya no te necesiten, te tacharán de la nómina. ¿Y entonces, qué?

Endureciendo las facciones, Sterling replicó:

—Siempre quedarás tú. Cada día más bonita, sólo que... un poco habladora. Ya que tanto te asquea la *Gulf Range*, ¿por qué no te vas?

—¿Es un consejo? ¿O una orden? —preguntó ella—. Serías capaz de hacerme despedir, si pensases que puedo perjudicar a Garland.

—Indudablemente, querida. Primero la obligación, luego la devoción...

El eterno tema espinoso se soslayó, porque el teléfono empezó a tintinear. La secretaria de Beck Garland se aplicó el auricular:

—No, el señor Garland no ha llegado todavía... ¿Quién...? ¿Cómo...? ¿A propósito de un bolso? ¿De quién es ese bolso?

A su lado, susurró Sterling:

—Pídele el nombre y dirección.

—¿Puede dejarme el nombre y dirección. Presionando el auricular con el hombro levantado, escribió ella en un bloc.

—Tan pronto llegue el señor Garland, se lo comunicaré. Gracias.

Una mano le arrebató el aparato y el propio dueño de la *Gulf Range* bramó:

—Aquí, Garland. ¡Beck Garland a la escucha!

Ketty Jardine retrocedió, algo asustada. Clem Sterling se limitó a examinar lo que había escrito Ketty: «Bill Meyer. Bar Sexta Oeste.»

Contestando con bruscos monosílabos, Garland colgó con la misma brusquedad. Su tez habitualmente color ladrillo, estaba ahora muy roja.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! O sea que pasó la noche en la cárcel y tú esperabas que no me enterase. ¡Es el colmo!

Sterling señaló las varias puertas comunicando con las oficinas.

—Si quieres que todo el personal se entere, levanta más la voz, Beck.

—¡Parece que seas tú y no yo el que dirige la *Gulf Range*! Pero se da la casualidad de que perteneces al personal que estás citando, Clem.

Cuando Sterling sentía una oleada de furia, le temblaba el labio superior. Era el único signo exterior de su cólera.

Y tan furioso como Garland, le precedió a su despacho, dirigiéndose a la ventana, para contemplar la calle. El portazo con el que anunció Garland su entrada le hizo volverse.

—Pongamos las cosas en claro, Beck. Yo llevo las cosas que me incumben a mi mejor entender y si no te convence, con devolverte mi librea, adiós y tan amigos.

Durante unos instantes los epítetos que farfullaba Garland iban dirigidos a los otros Garland. Le atajó Sterling:

—Quieres que Martyn sea reelegido y faltan quince días. Sólo existe un medio. Puedo conseguir que Maureen consienta permanecer estos quince días muy tranquila, pero a cambio de ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Prometerle una pensión vitalicia,

—¡De acuerdo prométele lo que quieras... dentro de los límites razonables.

—Una pensión vitalicia y libertad para casarse con quien quiera.

—De acuerdo.

—Escucha, Beck... Yo tengo por costumbre de mantener mis promesas.

—Con lo cual quieres insinuarme, que cuando hayan pasado las elecciones yo no sostendré las mías.

—Hablemos en claro, Beck. Eres un zorro y has engañado a mucha gente. Me molestaría soberanamente que luego me hicieras hacer el indio bravo.

—¿Quién es ese Bill Meyer?

—Me encargo de él, pero tú mantendrás tu promesa, ¿entendidos, patrón?

—Bueno... ¡Vete al cuerno!

Para salir, Sterling empleó otra puerta. No quería perder tiempo contemplando a Ketty Jardine.

Quince minutos después abandonaba el taxi ante el Bar Meyer. La vitrina tenía la cortina echada. Hacía fresco en el interior.

Entre el mostrador y los compartimientos reservados, había una extensa alfombra de esparto. Tras el mostrador, estanterías llenas de frascos y

cristalería. Un espejo y ninguna huella de los destrozos efectuados por Maureen Garland.

Bill Meyer, corpulento y de rostro avinagrado, compulsaba la caja registradora.

Sterling se instaló en un taburete.

—Una mañana espléndida, Meyer.

—Hola —replicó Meyer, con expresión ausente.

—¿Los negocios pitan, Meyer?

—Vamos tirando. ¿Qué se le ofrece?

La expresión de Sterling denotaba la alegría de vivir.

—Un «Caballito Blanco». Celebro que los negocios piten.

Bill Meyer le miró receloso:

—¿Qué le importan a usted mis negocios?

—Completamente nada. Sólo quería saber si deseaba usted que sus negocios continuasen siendo prósperos. Hoy en día son tan complicados los negocios... Surgen molestias.

Bill Meyer arqueó las cejas:

—¿Qué está usted insinuando, amigo?

—Que quiero beber «Caballito Blanco».

Meyer dejó sobre el mostrador el frasco de *whisky* y cogiendo un vaso lo miró al trasluz, antes de dejarlo junto al frasco.

—Un día recibí la visita de un tipo que también me habló de los negocios. Pretendía proteger el bar, ¿comprende? A base de una cuota semanal. ¿Sabe qué hice?

—Ni idea, Meyer.

—Le agarré por el fondillo y le apliqué una paliza a modo.

—Eso demuestra que además de robusto está usted seguro de no necesitar protección.

—¡Naturalmente que no!

—Pues yo creo que sí. Porque usted es un chantajista, Meyer. Que tiene un bolso femenino, que no hace juego con sus carnazas.

Hablando, había cogido el detective el frasco de *whisky*, como disponiéndose a servirse una copa.

Lo alzó, estrellándolo contra el ancho cráneo de William Meyer, que se desplomó sin sentido, e inundado de *whisky*.

Clem Sterling, dirigiéndose a la puerta, la cerró por dentro. No quería que ningún inoportuno bebedor matinal le molestase.

CAPÍTULO III

Aquella antesala repleta de alfombras y cortinas estaba a prueba de ruidos. Había también varias puertas cerradas y una de ellas tenía un letrero donde se leía: «Doctor Alex Virgil».

La más próxima lucía también un letrero: «Miss Bryce».

Estaba entreabierta y los detectives Sterling y Castel atisbaron sin disimulos. Valía la pena escrutar el despacho, cuando, como entonces, estaba dentro la señorita Bryce.

—Qué bombón —susurró ávidamente Harry Castel.

Apartándose de la puerta, comentó Sterling:

—Creí que la tenías toda castigada, Harry.

—A esa no. Yo hablé con una enfermera. Esta señorita Bryce creo que es propiedad exclusiva del doctor Virgil, que aspira a hacerla su esposa, según rumores. En mis tiempos, cuando yo visité..., sí, visité nada más, Clem..., esta santa casa no estaba de jefa Lorraine Bryce.

Volvió Castel a espiar el interior del despacho, mientras Sterling examinaba el resto del panorama topográfico. Una enorme terraza, un jardín en declive hasta un muro de tres metros de altura, camuflado tras trepadoras y laureles-rosa.

Ningún curioso podía así ver desde fuera el jardín. Una casa de reposo muy tranquila. La propiedad habitada más cercana, distaba una milla.

En el salón, del cual se percibía un ángulo y en la contigua sala de juego, vio Sterling a varios inquilinos del sanatorio del doctor Virgil. Parecían gente envidiable por la posición social, si no por el motivo de su estancia.

El personal del establecimiento tenía el aspecto de diplomáticos oficiando de camareros. La puerta del doctor Virgil se abrió y la señorita Bryce, asomándose, invitó:

—Pueden pasar, señores.

Su uniforme almidonado no lograba formar rectas sobre la estructura curvilínea.

Sterling y Castel entraron en el despacho del psiquiatra, que se levantó para saludarles. Era un hombre de alta estatura, tan fornido como Sterling. Era majestuoso, con su collar de barba cobriza. Sus ojos almendrados (parecidos a los de un camello, pensó Sterling), se posaron en Castel.

—Celebro volver a recibir su visita, señor Castel —dijo con una voz profunda, musical y alegre.

—Yo también celebro verle, doctor. Le presento al señor Sterling, doctor Virgil.

El despacho era un prodigio de buen gusto y suntuosa riqueza.

—Hace ya cerca de un año que no le veía, Castel, cuando nos trajo aquella clienta a la que suministraba licor sin que lo supiéramos.

—No me acuerdo ya —dijo Castel, virtuosamente.

—Fue cuando aquel incidente de las dos enfermeras celosas, Harry —apuntó jovialmente el doctor—. Les prometió matrimonio a las dos, simultáneamente.

Y pleno de indulgencia, el doctor se acarició la barba. La señorita Bryce había regresado al contiguo despacho y levantándose, dijo Castel:

—Me he dejado los cigarrillos en el abrigo.

—Tome uno de los míos, Harry —brindó el doctor.

—Fumo una marca especial para la garganta —mintió Castel, tosiendo y abandonando el despacho presuroso.

El doctor creyó que el detective Castel estaba avergonzado por sus antiguas hazañas. El detective Sterling tuvo la convicción de que su ayudante, estaba ya explorando las posibilidades en el despacho anexo.

—Tengo entendido, señor Sterling, que desea hablarme de un asunto confidencial. Inútil decirle que nosotros somos como los detectives honestos. El colmo de la discreción. Si no fuésemos así, hace años que este establecimiento se hallaría clausurado.

—En lo que concierne a la dama en cuestión, doctor, tendrá usted que dar pruebas de más dotes que la natural discreción profesional. Es imposible prever las reacciones de dicha dama y hasta es posible que tenga usted que recurrir a la fuerza para retenerla.

—Voy viendo —y exhalando una bocanada de humo, añadió Virgil—: ¿Cuál es el aspecto legal de esta cuestión?

—Puede que obtenga de ella un certificado con su firma, garantizando que se aloja aquí por su propia voluntad, sin coacción alguna. Posiblemente, más tarde, puede ser menos dócil, pero así usted legalmente no corra ningún riesgo.

Del despacho contiguo surgió un rumor netamente identificable, como la risa de una mujer cosquilleada.

El doctor Virgil frunció el entrecejo y se levantó:

—Bien, señor Sterling, en este caso puedo prometer que dicha dama no saldrá de mi establecimiento, sin una orden personal o escrita de usted.

—Hay otra cosa, doctor. Es rigurosamente necesario que nadie sepa su identidad. Salvo usted, naturalmente.

—Entendido.

En la antesala, Harry Castel hojeaba con aspecto inocente una revista de jardinería. La puerta de la señorita Bryce se cerró lentamente.

No sonó tan jovial la voz del doctor Virgil:

—¿No se aburrió durante la breve espera, Harry?

—Oh, no, doctor. Nunca me aburro, ¿sabe? Buenos días, doctor.

En el coche, dio Sterling un codazo a su ayudante:

—Nada de bromitas con la rubia Lorraine Bryce porque el doctor no me parece tonto ni mucho menos,

—Pero es que ella es arrebatadora —suspiró el enamorado Castel.

—Lo que es verdad, es verdad —tuvo que reconocer Sterling—. Pero ríe ruidosamente.

—También es verdad, jefe. Y hablando de otra cosa. ¿Mató, usted a Bill Meyer?

—Me bastó con hacerle comprender que una eventualidad mortuoria no quedaba excluida si continuaba telefoneando a Beck Garland.

Sacó de la redecilla el bolso de Maureen, aclarando:

—Meyer dijo que lo había encontrado esta mañana, al efectuar la limpieza.

En casa de los Garland, Maureen paseaba en el saloncito del primer piso. Una estancia impecable, donde el blanco y sus derivados dominaban. Cada centímetro cuadrado de tapices debía valer una fortuna.

—Está usted preciosa, Maureen —saludó Sterling—. Nadie diría que ha pasado la noche en vela agitada.

—Usted también está precioso, Clem. Dígame: ¿no ha odiado a nadie con tanta intensidad, que si le anunciaban su muerte, estallaría usted en carcajadas deliciosas?

—Por ahora, no. ¿Se refiere a mí, Maureen?

—Beck ha estado sermoneándome. Nada de hermano cariñoso, sino de déspota, pensando sólo en sus ambiciones. Es odioso.

—Espero disuadirla si proyecta asesinarle. No hay manera de pillar por sorpresa al robustísimo Beck. Y para evitar futuras complicaciones a este segurísimo servidor, hay que tomar una decisión, Maureen.

—¡Usted le dijo a Beck que yo armé escándalo en el bar Meyer!

—Yo no. Fue esto.

Y tendió Sterling el bolso, añadiendo:

—Se hallaba en el bar Meyer y el dueño lo encontró bajo una banqueta. Por su contenido averiguó quién era usted y telefoneó a Beck, creyendo que el informe podría proporcionarle una renta. Chantaje vulgar. Y Beck, que está harto de su hermanita, se violentó. Un día cualquiera puede estrangularla, Maureen. He preferido convencerle de que la deje libre de casarse con quien quiera, dentro de quince días y pasarle una pensión vitalicia nutritiva, también dentro de quince días.

Encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos, inquirió ella:

—¿A cambio de qué? ¿Porque Beck no da nada por nada.

—Una pequeña formalidad. Nada importante. Comparado con la esclavitud dorada que aquí la rodea, Maureen, quince días de reposo completo pasarán pronto.

Estremeciéndose, susurró ella:

—¿Quieren... encerrarme en un manicomio?

—Vamos, vamos. Nada de esto. La colocaremos bajo vigilancia distinguida y nada más. Quince días en una hermosa finca en pleno campo. Aires plétóricos de savia de pino, trinos de pajaritos, gallos cantando. Un reposo ideal. Y muy urgente, Maureen. Porque usted bebe como un cosaco y cada vez que bebe para olvidar, rompe cosas, arma jaleo, en fin, observa una conducta algo deplorable.

—¡Me niego a ser encerrada en su casa de locos, Clem Sterling!

—No es mía, gracias a la Providencia. Sea razonable, nenita. Cuando salga a los quince días, dispondrá de una renta vitalicia de mil mensuales. Y además no está usted para elecciones. Si no accede, Beck puede emplear otros sistemas más contundentes.

—Y, ¿quién me garantiza que a los quince días saldré y tendré libertad para casarme y disponer de una renta vitalicia?

Colocó Sterling las manos sobre los hombros de Maureen Garland:

—Escúcheme, nenita. Me he pasado largos meses procurando evitar que sus jaleos pasaran a mayores, y al final le he cogido afecto. Ahora tengo ocasión de prestarle un buen servicio y voy a hacerlo. Beck cumplirá, porque me lo ha prometido a mí personalmente y puedo presumir de ser la única persona a la que Beck Garland no engatusará.

Poco después, Sterling bajaba las escaleras llevando en el bolsillo, un escrito firmado por Maureen Garland, declarando que por su propia voluntad, sin coacción, decidía ingresar en la casa de reposo del doctor Virgil.

En el vestíbulo esperaba el mayordomo Dupont, ceremonioso e inquieto.

—¿Todo va bien, señor Sterling?

—De perilla.

—¿Puedo saber adónde va la señorita Maureen?

—Entre nosotros, Maureen pasará una quincena al abrigo de las mundanales tentaciones. Pero para cualquiera que se lo pregunte, la señorita Garland ha ido a pasar unas vacaciones con unas amistades en Santa Bárbara.

—Muy bien, señor Sterling. ¿Y el señorito Melvin? ¿Regresará pronto? La señora Garland, la esposa del señorito Melvin, está en aquel salón esperando impaciente a su marido, el señorito Melvin.

—No tenía por qué venir. En fin, paciencia.

Pasó Sterling al otro salón.

—Le dije que se quedase en su casa, Sandra.

—También me dijo que encontraría a Melvin, y... ¡narices! —afirmó Sandra.

Sandra Dahl era aún demasiado joven para ser rematadamente cínica. Pero en su pasado, había muchas canciones moduladas en locales como el *Blue Onyx*, propiedad de Joe Cairo.

Tenía los ojos verdiazules, cabellos negros y un cuerpo ondulante. A primera vista, parecía una colegiala ingenua.

—¿Dónde diablos está Melvin?

—Lo ignoro.

—Es que, ¡yo le quiero! Sí, le quiero y estoy muy inquieta. Sabe usted que no miento, Sterling.

—Sé que no miente. Y precisamente porque me consta, ya tuve en cierta ocasión que jugarle el bigote hablándole a Joe Cairo, para que la dejase en paz. ¿Vuelve a molestarle Joe?

—No, no en el sentido que puede pensarse, Sterling. Pero usted sabe, que ya estoy harta de vivir de la caridad de Beck Garland. Quiero volver a actuar. Pero en todos los clubs se niegan a contratarme. No por temor a Beck Garland, no.

—¿Cree usted que es Joe Cairo el autor del solapado boicot?

Asintió ella, en silencio.

—Voy viendo, voy viendo —dijo Sterling, imitando sin querer el estilo reiterativo de Beck Garland—. Ha discutido usted con Melvin, porque éste se opone a que usted vuelva al tablado.

—No veo nada malo en procurar ganarme la existencia, sin servilismos.

—Yo tampoco, salvo que el momento no es oportuno. Podría aprovecharlo cualquier rival de Beck para desacreditarle.

—De todos modos, Beck Garland opina que su hijo casi se deshonoró al casarse conmigo.

—Eso es ya historia antigua.

—Pero la historia actual es que Melvin no ha acabado aún sus estudios y yo no quiero vivir de la caridad de mi suegro.

—Usted no ignoraba que Melvin era un estudiante cuando se casó con él y que el que iba a ser su suegro le pasaba una pensión.

—Lo sabía, pero lo que ignoraba es que existía personas como mi suegro, que estimaban que la pensión para uno basta para dos.

—Procure usted reducir gastos, hasta que Melvin ingresé en la *Gulf Range*. Recuerde lo que ya le he repetido otras veces, Sandra. Depende exclusivamente de usted que Melvin se convierta en un hombre de provecho o en un monigote. No tardará Melvin en volver, abrumado por su escapada, y entonces trate de convencerle que es usted la culpable. ¿Quiere que le pida a Beck que aumente la mensualidad de Melvin?

Era ella tan testaruda y orgullosa como Melvin, pensó admirado Sterling.

—¡No! Prefiero ayunar antes que agradecerle nada a mi suegro.

—Entonces, haga las paces con Melvin y esta noche cenaremos juntos. Invito yo. Formaremos un cuarteto completo. Usted y Melvin; Ketty y yo.

Iba ella ya por el jardín hacia el coche. Entrando y sentándose tras el volante, dijo:

—La señorita Jardine nunca me consideró digna de los Garland.

—Historia antigua y Ketty volvió la hoja. Sabe ya que si usted fue novia de Joe Cairo, fue por error juvenil.

Musitó ella:

—Le consideran un perdonavidas desagradable, Clem Sterling. Yo no. Yo le tengo por un excelente amigo y consejero.

El sol bañaba el césped y el aire llevaba efluvios de rosales, naranjos y algas marinas.

Por la avenida unos niños saltaban jugando con un perrazo. Y por unos instantes se olvidó el detective Sterling de las elecciones, los chantajes, las amenazas de muerte y todo lo que hacía la vida desagradable.

CAPÍTULO IV

Bailando, Ketty Jardine, retrocedió un poco el rostro.

—Pareces contento, Clem. ¿Cuál es la causa?

—Tú, tu perfume, toda tú...

—Bailemos correctamente, señor Sterling, o bailará usted solo.

Sterling se resignó. Por encima de la cabeza de Ketty veía en la mesita a Melvin Garland y su esposa. Reconciliados y amorosos.

La señorita Maureen Garland había sido alojada sin incidentes en el establecimiento del doctor Virgil.

Y Clem Sterling experimentaba el orgullo de un artífice estratega, alcanzados los objetivos principales.

—Hay minutos en que creo que serías una excelente esposa, Ketty.

—¿Piensa usted recomendarme a algún maridito ideal, señor Sterling?

—Existe un tal Clem, muy calumniado, que está lampando por ti, nena.

Pero de pronto, se olvidó de Ketty. Veía a Melvin Garland, taciturno de nuevo. Aunque de natural tímido y a la vez arrogante, Melvin Garland parecía muy preocupado aquella noche. Y estaba contagiando a Sandra.

La orquesta cesó de tocar y condujo Sterling a Ketty hasta la mesa.

Levantándose, invitó Melvin Garland:

—¿Este baile, señorita Jardine?

Accedió la secretaria de Beck Garland y comentó Sterling, apenas se alejaron:

—¿Le pasa algo a su maridito?

—Que yo sepa, no.

—¿Le ha dicho dónde pasó la noche?

—No.

En el bar, rodeado de sus cortesanos, Ernest Gutman, el prohombre rival de Garland, estaba saboreando su cóctel favorito: leche y agua mineral.

De rostro reposado, melena rubia cenizosa y fácil sonrisa, Ernest Gutman, dueño de la Prensa local, tenía unos ojos saltones, vivaces.

Le gustaba aparentar ser un filántropo, altruista y muy transigente. Pero Sterling prefería a Beck Garland, el violento, porque al menos no era como Gutman, un hipócrita redomado.

—Vuelvo en seguida, Sandra.

Acercándose al bar, pensó Sterling que a veces era peor que un pillete callejero. Lo había sido.

Ahora, ya talludo, le gustaba exasperar al solemne Gutman, que estaba perorando:

—...Cerca de veinte millones de excedente tiene el alcalde Martyn retenidos en la caja municipal. Prueba de que pagamos demasiados impuestos, señores.

Reinó un silencio y a cinco pasos, con voz fuerte, pidió Sterling:

—Una lechecita con agüita mineral para mí.

El *barman* se convirtió en estatua de sal. Pensaba que un bebedor de leche y agua mineral, tenía pase. Pero dos, en la misma noche y separados por cinco taburetes, era casi un sabotaje, una conjura.

Sterling pensó que se acababa de convertir en el punto de mira de la corte de Ernest Gutman. Y pensó también que así empezaban en los salones las reyertas.

El héroe penetraba en *Blood Silver*, elegía a su víctima y le declaraba que lo que estaba bebiendo daba asco.

Mirando al *barman*, expuso Sterling:

—Personalmente, considero que un excedente de veinte millones en las cajas municipales, demuestran una sana administración. Y tenga o no razón, al menos los contribuyentes saben que el alcalde es decente.

Ernest Gutman tenía una voz de tribuno. La elevó:

—Joven... —y le tembló la papada de indignación—. ¿Acaso pretende ridiculizarme?

Sterling miró a cada lado suyo, atrás y adelante. Después, tocándose el pecho, inquirió:

—¿Va conmigo?

—Repito, joven: ¿es que pretende usted ridiculizarme?

—Lejos de mí tal osadía —y probando el cóctel de leche y agua mineral, lo apartó con gesto de repugnancia—. Lo que yo mantenía, mantengo y sostengo, es que el alcalde Martyn es decente, puesto que en la caja hay veinte millones. Y todas las personas decentes votarán por Martyn. Yo el primero...

Le tocaron en el brazo y Sandra Dahl susurró:

—Hay un hombre, un pistolero de Joe Cairo, que está tratando de sacar a Melvin del local.

—¿Por qué?

—Han disparado contra Joe Cairo.

Durante unos segundos, Sterling pensó que del infame brebaje de leche y agua mineral, sólo un sorbo producía ya vértigo,

Recuperó inmediatamente la habitual sangre fría y se dirigió rápidamente hacia el restaurante. Las luces estaban tamizadas y un foco seguía las evoluciones de una bailarina mexicana.

Dos hombres se movían lentamente por entre las mesitas hacia la

salida.

El primero avanzaba como si sus piernas fueran de algodón. Era Melvin Garland.

Detrás de él, a medio metro, un joven elegantemente vestido parecía empujarle suavemente. Con su sombrero en la mano.

Pero no se veía la mano y sin ser imaginativo, Sterling dedujo que era necesario un argumento más convincente que un simple sombrero para obligar a Melvin a abandonar el local.

Un sesgo de luz jugó en el cabello del acompañante de Melvin. Tenía un mechón blanco encima de la sien izquierda.

Fue el detalle que le identificó como Lou Mitchel, uno de los pistoleros de confianza de Joe Cairo.

Sterling vio a Ketty Jardine interceptándole el paso.

—¿Dónde está Sandra?

—En el tocador —contestó ella.

—Vete allí y que no salga.

Apretando el paso, Sterling alcanzó a Melvin y Mitchel cuando llegaban a una puertecilla, tras el estrado de la orquesta.

—Hola, Melvin. Hola, Mitchel.

Lou Mitchel torció la boca, descubriendo el incisivo de oro:

—Ahueca, Sterling.

—No. Ni hablar.

Melvin exhaló un suspiro de alivio, pero a la vez susurró trémulo:

—Tiene... tiene un revólver, Clem...

—Pero no lo hubiese empleado ni ahora tampoco lo emplearé. Este es un local público y hay cientos de testigos que luego podrían identificar a Lou Mitchel. Estuviste demasiado nervioso, Melvin. Si te hubiese disparado, sobran los testigos.

—¡Lo cual a mí no me habría devuelto la piel! —exclamó Melvin, furioso.

—Tiene razón el chico —declaró solemnemente Mitchel—. Además, aquí, tras los músicos, nadie nos ve y un disparo se despista.

Mostró el sombrero que llevaba en la diestra, alzándolo un poco.

—Es verdad —admitió plácidamente Sterling—. Pero ahora ya no es un disparo tan sólo, Lou Mitchel. Te harán falta por lo menos tres, porque a mí con una sola bala, como si nada. Y mientras le zumbas a Melvin, ¿crees que rodará los pulgares cantando el matarile, ríle, ríle? Vamos, decídetelo, Mitchel. ¿Por quién empiezas?

La bailarina se había ido, los aplausos habían cesado y reinaba el silencio momentáneo. Salvo la respiración fatigosa de Melvin Garland.

Lou Mitchel rezongó, fastidiado:

—Joe Cairo está convencido de que es este chico el que le ha largado

dos plomos.

—Si es él, yo me ocupo de aclararlo, Mitchel. Palabra,

Lou Mitchel se decidió bruscamente:

—¡Bueno! Pero que sea pronto.

Y se encasquetó el sombrero, conservando el revólver en la palma, bien empuñado. Lo guardó en su funda axilar y añadió:

—Resuélvelo pronto, Sterling, porque este chico tiene cuentas que rendir y volveré por él. Hasta pronto.

Se alejó de nuevo hacia el local y Sterling conminó:

—Pitando, Melvin. Te conviene otro aire y explicarme este nuevo lío.

En el taxi reaccionó Sterling. Había pasado un mal momento, si bien había logrado sacar a Melvin de las garras de Mitchel. Un aplazamiento provisional.

—¡No fui yo, lo juro, Clem!

Instalado en el supletorio, esquinado, contemplaba Sterling a Sandra Dahl asiendo las manos de su esposo. Al otro lado de Melvin, Ketty Jardine parecía una diosa griega.

—Lo que ahora importa, ya no es saber si fuiste tú o no, Melvin, sino averiguar por qué Joe Cairo cree que fuiste tú. No hay temor de que Cairo llame a la policía, porque estas cosas le gusta arreglarlas él mismo.

—Es preciso que hables, Melvin —exigió Sandra—. De todos modos, Sterling hará averiguaciones.

Sterling juzgó conveniente atacar por sorpresa:

—¿Dónde estaba usted, Sandra, mientras le metían los dos plomos a Cairo?

—¡Ella nada tiene que ver! —protestó Melvin.

Pensó Sterling que los dos tenían un móvil bien definido: celos antiguos por parte de Melvin. Rencor por parte de Sandra, ya que estaba convencida de que Joe Cairo era el culpable de que todos los clubs, aun sabiéndola una atracción segura, rehusaran contratarla.

—Prefiero hablar antes que te despistes, Clem —declaró Melvin—. Estuve en uno de los garitos de Cairo, para probar suerte. Estalló una discusión. Uno de los *croupiers* quiso golpearme, pero me anticipé. Intervino Cairo y le golpeé también. Me echaron a la calle.

El taxi se detuvo ante el hotel cuya dirección había dado Sterling, que pagó, y entrando en el vestíbulo, preguntó:

—¿Pasó anoche?

—Sí.

—Vais a inscribiros como James Smith y señora. Os haré enviar ropas. Y esto para los gastos.

Tendió unos billetes. Los cogió Sandra y dijo Melvin:

—Yo no le disparé a Cairo.

Sandra Dahl, asiendo por el codo a su marido, lo llevó hacia conserjería. Poco después, subían en el ascensor.

Señaló Sterling el bar contigo:

—¿Una copita? Para reponernos de las emociones.

—Ahora comprendo por qué tienes que beber tanto, Clem.

—Me informé antes de acudir al taxi. Dispararon contra Joe Cairo en un callejón oscuro.

—¿Lo hirieron gravemente?

—Una bala en la carne del brazo y la segunda en un músculo del cuello. Los dos tiros disparados desde atrás.

Casi no le sorprendió a Ketty ver en una mesa, sonriendo alegremente, a Harry Castel. En compañía de la esplendorosa Lorraine Bryce, la secretaria del doctor Virgil.

Hizo Castel las presentaciones y pensó Sterling, sentándose, que ahora Lorraine Bryce parecía una diosa nórdica y Ketty una sirena de mares azules.

—Ha sido una sorpresa encontrarles a los dos aquí —dijo Lorraine.

—¿A los dos? —inquirió Sterling.

—Primero a Castel y después a usted, Sterling.

Si ella quería que aquello pareciera casual, a él no le importaba desmentirla.

—El mundo es un pañuelo —aseguró Sterling.

Ellas empezaron a hablar de un modelo que lucía una concurrente.

Al lado de Castel, murmuró Sterling:

—El hecho de que el doctor Virgil sea barbudo, no debe hacerte creer que es Papá Noel, Harry.

—¿Es mi culpa si el doctor trabaja demasiado? Una chica como ésta no puede pasarse la velada junto a la T.V., ¿verdad?

—¿De quién están hablando? —preguntó Lorraine.

—De un individuo que no conoces, Lorry —sonrió Castel.

Bebieron y susurró Castel:

—He oído comentar que alguien intentó liquidar a Cairo.

No contestó Sterling, sino que mirando a Lorraine, dijo:

—Espero que nuestra enferma se porte mejor.

—La última vez que la vi estaba terminando su segundo frasco de *bourbon* —rió la secretaria del doctor.

—Celebro que pueda beber en soledad tranquila, con todo reposo. Bien, ya hemos tomado una copita, como era nuestra intención y ahora nos vamos. Encantado de haberla saludado, señorita Bryce.

En el vestíbulo, preguntó Ketty:

—¿Quién es esa rubia tan llamativa?

—Las rubias a mí no me atraen. Y ésa, precisamente, es una rubia que

necesitaría una buena azotaina. No me extrañaría que una noche de ésas el doctor Virgil hiciera horas extraordinarias, aplicándole la adecuada zurra a esta damisela caprichosa.

—Es que Harry Castel tiene mucha simpatía y es guapo. Iré sola en el taxi, Clem. Insisto.

—Muchacha, yo soy de toda confianza.

Le rechazó ella, y cerrando la puerta del taxi, guiñó un párpado por la ventanilla, antes de que el coche se alejase.

Se resignó Sterling a llamar a otro taxi, dándole la dirección de la clínica en que estaba hospitalizado Joe Cairo.

Joe Cairo, hasta tendido en la cama daba impresión de pujanza. Sus rubios cabellos divididos por una raya al medio, enmarcaban un rostro macizo, calmoso.

Viendo al visitante, ordenó a sus acompañantes:

—¡Fuera!

Dos individuos abandonaron el cuarto. Uno era Lou Mitchel.

—¿Qué le trae por aquí, Sterling?

Con un bostezo, canturreó Sterling:

—¿Puedo presentarle el testimonio de la pena que no siento, Cairo?

—Je, je. Maldita la gracia que me hace usted, sabueso.

—Hablando de perros, aparte usted y yo, ¿cómo es que no hay policías afuera?

—Acaban de marcharse —aclaró Cairo, palpándose los vendajes del cuello y brazo—. No he podido revelarles nada, porque no vi nada. Estaba muy oscuro el callejón.

—Lástima que no haya sido tan discreto con Lou Mitchell.

—No tengo ni idea de lo que me habla, Sterling.

—Quisiera saber por qué envió a Mitchel a recoger a Melvin Garland. Si es realmente Melvin Garland el que disparó, yo mismo se lo entregaré a usted en bandeja, pero primero quiero estar seguro de que fue él. ¿Comprende, Joe?

Entornados los párpados, brillaban metálicamente las pupilas de Cairo.

—Yo hice un trato con usted, Sterling. Dejaría en paz a Sandra y así Beck Garland me dejaría en paz. En el trato no estaba previsto que el niño de Garland me tomara por diana.

—Tampoco estaba inscrito en el pacto que usted prohibiese a los clubs nocturnos que contratasen a Sandra.

—¡Eso es una mentira como el *Empire Building* de grande!

—Le acabo de revelar un móvil posible para que vea que soy sincero con usted, Joe. Ignoro si es Melvin el que le disparó y al parecer tampoco lo sabe usted con certeza. Esperemos un poco antes de abrir las hostilidades, ¿no le parece, Joe?

Llamaron a la puerta y una enfermera asomándose, anunció:

—Una visita.

La apartó el teniente Ben Moore, de la Criminal. Era un hombre delgado, con úlcera estomacal que sus colegas aseguraban se la había producido el amargor de ver ascender a otros más jóvenes y más capacitados.

La mirada del policía pasó de Cairo a Sterling y exclamó:

—¡Estaba seguro!

—¿Seguro de qué? —quiso saber Sterling.

—De que fue usted el que intentó liquidar a Cairo.

Sterling tragó el humo del cigarrillo en deglución sobresaltada. No había enfocado la posibilidad de ser acusado de aquel intento.

Era posible que Moore, aleccionado por Gutman, intentase comprometer a un miembro del clan Garland y siempre era preferible que fuese él y no Melvin.

Adoptó Sterling un tono resignado:

—Sea... Confieso. Precisamente vine para rematarlo ahogándolo con la almohada, pero su oportuna llegada, teniente, me impidió llevar a cabo mi propósito. Arrésteme y póngame cadenas.

Tendió las muñecas como ofreciéndoselas a las esposas.

El teniente Moore podía ser un amargado, pero no era tonto.

—Llegará el día en que me dé este gusto, Sterling —y volviéndose hacia Cairo, añadió—: En cuanto a usted, puede abandonar la clínica cuando quiera.

—Tanta generosidad me abruma, teniente.

Ben Moore volvió a mirar agresivamente a Sterling:

—He oído decir que Melvin Garland fue expulsado de una timba propiedad de Cairo.

—Ese Melvin es un chiquillo retozón, caramba —sonrió Sterling.

—¿No sabría por casualidad dónde está ahora Melvin Garland?

—Ni idea, palabra.

El rostro de Joe Cairo parecía de granito y celebró Sterling que las preguntas del teniente tuvieran una utilidad.

Joe Cairo, sabía ya que la policía estaba enterada del incidente y si le pasaba algo a Melvin, harían responsable a Cairo.

—Este asunto no está terminado, Joe —aseguró Moore—. Saldrá a relucir que usted, Cairo, llevaba un chaleco blindado. Y haré cuanto sea posible por averiguar dónde estaban, a la hora de la agresión, dos individuos llamados Melvin Garland y Clem Sterling.

Abriendo la puerta, remachó:

—Si vosotros dos pensáis ajustaros las cuentas en mi distrito, os saldrá caro.

Joe Cairo, cerrando los ojos, dijo:

—Estoy en una clínica y tengo que reponerme. ¡Fuera los dos!

El teniente Moore abandonó el cuarto. Sterling aguardó un instante y dijo por fin:

—Nos conviene una tregua de paz. A los dos.

En la calle, subiendo al taxi, escuchó Sterling al chófer que comentaba:

—Es aquí donde trasladaron al *gangster* Cairo, acribillado, como en los tiempos de la *Ley Seca*. Y van dos en la misma noche. Aunque, claro, Bill Meyer no era de la categoría de Cairo...

Irguiéndose, inquirió Sterling:

—¿Quién ha dicho?

—Bill Meyer. Un tipo que tenía un bar en la Sexta Oeste.

—¿Que tenía...? —repitió Sterling.

—Tenía... Porque desde el infierno no podrá atender su bar. Lo han encontrado trufado de balas, relleno de plomo, más muerto que el que inventó la manteca.

CAPÍTULO V

El piso en el que hasta aquella noche habían vivido Melvin Garland y Sandra Dahl era modesto, de acuerdo con la pensión mensual otorgada por Beck Garland.

Sterling había venido a recoger algunas ropas para el matrimonio, pero llevaba largo rato inspeccionando las habitaciones. Tanto podía ser Melvin como Sandra el autor de los dos disparos contra Cairo.

En la chimenea del cuarto de estar vio unas cenizas recientes. Hurgando sacó un residuo de pañuelo. El tejido estaba manchado de color pardusco. No hacía falta ir a ningún laboratorio para comprender que aquella mancha era sangre seca.

Con unas páginas de revista hizo otro fuego, hasta reducir totalmente a cenizas el resto del pañuelo. Las desmenuzó, mezclándolas a las de los troncos pulverizados por el fuego.

Abrió la radio, porque era la hora de las noticias. A los diez minutos, pasando de la medianoche, el locutor informaba:

—Joe Cairo, muy conocido en los ambientes deportivos, ha declarado ignorar la identidad de su agresor. La policía sigue la investigación.

Se sucedieron otras informaciones y por fin anunció el locutor:

—William Meyer, propietario de un bar en la calle Sexta Oeste, ha sido muerto a balazos. Su cadáver fue hallado tras el mostrador, donde seguramente intentó buscar refugio, inútilmente. La policía estudia la posibilidad de que la muerte de Meyer esté en relación directa con una reyerta que tuvo lugar anoche en el bar y que originó la detención de una mujer, que fue puesta en libertad tras el pago de fianza y multa. La policía busca a dicha mujer.

Clem Sterling pensó que había sido una medida muy oportuna apartar de la circulación a Maureen Garland, alias Carol Finland.

Pasó al dormitorio, rellenando dos maletas con prendas de vestir. Estaba eligiendo uno de los trajes de Melvin Garland, cuando percibió a la altura del bolsillo superior de la americana, de un traje de franela gris, una mancha pardusca.

No le habría llamado la atención si no hubiese sido idéntica a la del pañuelo quemado. Cortó los botones, guardándoselos y procedió a quemar el traje.

Tiró las cenizas en el lavabo y abrió las ventanas para que se disipase el olor a chamusquina. No había ningún revólver en el piso.

Estaba cerrando la segunda maleta, cuando el timbre de la puerta sonó.

Sterling fue a abrir. Sorprendido, porque su visitante no era el teniente Moore, ni Lou Mitchel.

Era Boyd Conrad, asesor legal de la *Gulf Range*. Permaneció Sterling bloqueando la entrada.

—¿Dónde está Maureen? —inquirió Conrad, sombríamente.

—Aquí no está.

—Ni he pensado que estuviera aquí. Venía a preguntarle a Melvin qué hay de cierto en la historia grotesca que me ha contado Dupont, según la cual Maureen ha ido a pasar una quincena con unas amistades en Santa Bárbara.

—¿Y por qué es grotesco que Maureen quiera tostarse al sol marino?

—Sé que usted y Beck Garland estaban preocupados por... las salidas de Maureen. Y no me extrañaría que hubiesen decidido usted y Beck Garland algo violento.

—Eso es. Hemos decidido que vaya a tomar baños de mar en Santa Bárbara. Si no se mueve de allí, obtendrá la libertad de casarse con quien desee.

—Ella es mayor de edad.

—Pero es menor, casi un bebé, en lo referente a moneda. Su hermano ha decidido pasarle una vitalicia si no se mueve de Santa Bárbara. Y ahora buenas noches, Conrad.

Cerró la puerta y cuando oyó el ascensor bajar, fue a recoger las dos maletas. Las bajó por el montacargas, entregándolas a un chófer de taxi para que las llevase al matrimonio James Smith, en el Hotel *Albatros*.

En su hotel, encontró Sterling a su ayudante esperándole.

—¿Qué pasó con Lorraine Bryce, Harry?

—Todavía nada. Por ahora estoy en el terreno de los reconocimientos tácticos preliminares. Estoy aquí, porque... si empiezan a brotar cadáveres como las setas, yo me aparto y dimisiono, jefe.

—¿De qué estás hablando?

—De Bill Meyer.

—¿Crees que lo he liquidado yo?

—¿No has sido tú? De todos modos, estoy en el lío padre. La policía busca a la mujer que Meyer denunció. Y de esto a que encuentren al que salió fiador por ella, no hay más que un medio paso.

—Si te callas, nadie te encontrará.

—¿No será Maureen la que liquidó a Meyer?

—Maureen está prisionera en Montrose.

—Podría ser el patrón, porque no se andará con escrúpulos, si ve en peligro las elecciones.

Se endurecieron las facciones de Sterling:

—Si yo estuviese en tu pellejo, Harry, abandonaría todas las teorías concernientes a los Garland. Sin darte cuenta podrías pensar en voz alta y entonces... sería para ti poco saludable. ¿Comprendes?

Palideció Harry Castel, pero replicó:

—Él que ha matado a Meyer temía que éste le hiciera chantaje. Caso en que se hallaban Maureen y Beck... Yo estoy mezclado en todo esto. Y no es ya solamente a los policías a los que temo.

Miró significativamente a Sterling, que afirmó:

—Hace tiempo que somos amigos, Harry, y personalmente estoy convencido de que la muerte de Meyer no tiene nada que ver con Maureen. Vete a dormir y olvida todo esto. Buenas noches.

Al despertar a la mañana siguiente, bien descansado, decidió Sterling que una ducha escocesa le pondría como nuevo. Y en efecto, le sentó bien.

Pero al regresar a la alcoba, empezó a sentirse menos bien.

—Había un hombre sentado en su cama. Era Lou Mitchel.

—Hola, Mitchel —saludó Sterling, apretándose más la toalla en torno a las caderas.

Pero había otro visitante, en pie, junto al umbral del saloncito. Tenía la sólida armazón de un robot, como si estuviera construido en puro hierro.

Su mirada evocaba inmediatamente la del monstruo de Frankenstein.

—Será cuestión de que haga cambiar mi cerrojo, porque ambos no habéis podido pasar por el ojo de la cerradura.

Lou Mitchel habló en dirección a su compañero:

—El chico parece loco, pero no lo está, Bugs.

Bugs siguió moviendo la mandíbula inferior como un rumiante, inexpresivo el rostro. Sterling empezó a sentir algo semejante a recelo. Lo motivaba Bugs, con su aspecto de robot.

—He venido porque Cairo desea hablar con Melvin.

—Ya hablé con Joe Cairo acerca de esta cuestión. Ya le dije que si comprobaba que era Melvin el autor de los dos disparos, se lo serviría en bandeja.

—Nos interesa saber dónde está Melvin. ¿Dónde?

—No tengo la menor idea.

Mitchel mantenía sobre sus rodillas su sombrero. Parecía contemplarlo con gran cariño.

—Fui al piso de Melvin. Si no tuvieran miedo, ¿por qué se habrían largado él y Sandra?

—Pero, hombre... Cualquiera tendría miedo si tú te asomases con el revólver bajo el sombrero, invitado a un paseo. Cualquiera, después de esta invitación, se buscaría un pozo de unos cien metros de hondo. Y sin embargo, esto no significaría que fuese culpable.

—Hoy ya no es ayer, Sterling. Ayer iba yo solo. Hoy he venido con

Bugs. Y deseamos saber dónde se esconden Melvin y Sandra. ¿Verdad, Bugs?

El monstruo emitió un gruñido. Su mirada sin expresión se fijó en el detective. Preguntó roncamente:

—¿Empiezo con él, Lou?

—Sí —aprobó Mitchel.

Bugs sacó su revólver, encañonándolo hacia el estómago de Sterling, que había meditado una pronta retirada hacia el cuarto de baño, pero vio que era imposible.

Llegaría antes el balazo de Bugs. Que avanzaba lentamente hacia él.

Una toalla larga y mojada era una buena arma en aquellos momentos. Sterling la soltó y de lado, empleó la toalla como un látigo contra los ojos de Lou Mitchel.

Sin soltar su revólver, Mitchel se llevó las manos a los ojos;

Sterling, inclinado, empuñó una silla y la arrojó contra las piernas de Bugs. Y abalanzándose sobre Mitchel le arrebató el revólver.

Pero ya estaba encima suyo Bugs. Sus enormes brazos enlazaron a Sterling como las mandíbulas de una grúa y apretando emitía Bugs pequeños gruñidos como un cerdo en el comedero.

Sterling vació sus pulmones para poder deslizar el revólver entre su pecho y el voluminoso torso de Bugs.

Presionó el gatillo. Y tuvo que presionarlo dos veces más, para salvarse de morir por asfixia y rotura de la columna vertebral.

Bugs abrió los brazos y cayó de lado, muerto.

Sterling, sintiendo sus piernas doblarse, tuvo que sentarse en el suelo. Estaba lleno de sudor y en su boca había sabor a sangre pulmonar.

Encañonaba a Lou Mitchel, que con un pañuelo se limpiaba las lágrimas de sufrimiento en el ojo válido. El otro estaba tan hinchado que no se percibía la córnea.

Murmuró:

—¿Bugs? ¿Está muerto?

—Suele ocurrir que quien a hierro hiere, a hierro palma.

Lou Mitchel se arrodilló para auscultar a Bugs. Seguía taponándose el ojo hinchado y dijo:

—Ahora hay que desembarazarse de Bugs.

—Claro, porque a Cairo no le interesará que el teniente Moore saque deducciones rezándole el responso a Bugs. De momento, yo tengo tu revólver por el mango, Lou. Pasa al cuarto de baño para curarte la pupa, mientras yo me visto.

Estaba ya vestido Sterling, cuando Mitchel reapareció, cubierto el ojo tumefacto con un apósito.

Entre los dos cogieron por cintura y hombros a Bugs. Vacilaron bajo el

peso del cadáver, pero parecían dos buenos amigos ayudando a un compañero embriagado a regresar a su casa.

Bajaron por el montacargas y se dirigieron al callejón donde Mitchel había estacionado su coche. Las suelas de Bugs rumoreaban arrastrándose por el asfalto.

Antes de volverse a su hotel, Sterling contempló al muerto, sentado, inmóvil en postura erecta, porque bajo sus sobacos había colocado Mitchel dos palancas.

La mirada de Bugs era vidriosa como si contemplara el mundo de la nada. Exactamente igual que cuando estaba vivo.

CAPÍTULO VI

En un rincón del «Cadillac», Beck Garland exhibía una marca igual que el ausente Lou Mitchel. En su ojo derecho, la carne formaba un cerco amoratado. Era evidente la huella de un puñetazo.

Sterling, sentándose en el otro rincón, contempló las hombreras del uniformado chófer, que ponía en marcha el lujoso «Cadillac» negro.

—¿Quién te adornó la cara, Beck?

—Si te lo preguntan, contesta que lo ignoras, Clem.

—Envejeces... Antes me habrías contestado que chocaste con una puerta. Y ahora paso a explicarte mis dos encuentros con Mitchel.

Cuando Sterling terminó su explicación, Beck Garland vociferó:

—¡Maldita sea! ¿Era necesario matar a Bugs?

—No, no era necesario. Hubiese podido dejarle apretar más. Me hubiera reventado la caja torácica y a esta hora bailarías sobre mi tumba.

—Después de esto, Joe Cairo tratará de suprimirte, Clem. ¿Crees que fue Melvin el que trató de matarle?

—Todavía no lo sé. ¿Leíste los periódicos esta mañana?

—No —mintió Garland. Era lo primero que hacía, antes de desayunar.

—Alguien ha reducido al eterno silencio al molesto Bill Meyer.

Parpadeó Garland mirando de soslayo, asustado, al detective.

—¡Dios, Dios! ¿Tú...?

—No, yo no.

—¿Quién entonces? —quiso saber Garland.

—Tú.

Durante algunos segundos el silencio se espesó. Crispando el puño derecho, murmuró Garland:

—Empieza a convertirse en una mala costumbre tuya, acusarme sin pruebas. Y hace años que somos amigos, Clem.

«Las mismas palabras que anoche le dije a Harry», pensó Sterling.

—¿Por qué supones que me rebajaría yo a matar al dueño de un cafetucho?

—Un chantajista que podía vender material para los periódicos de Ernest Gutman. Por ahora, pienso en los que pudieron tener algún interés en que Bill Meyer pasase al estado de difunto discreto. ¿Quién te hinchó el ojo, Beck?

—Conrad. Vino a exigirme que le dijese dónde estaba Maureen. Discutimos y me golpeó.

Sintió Sterling un súbito respeto por Boyd Conrad.

El «Cadillac» se detuvo ante el edificio de la *Gulf Range*.

Bajando, preguntó Sterling:

—¿Dónde estabas anoche, hacia las once?

—Pegándole tiros a Meyer, imbécil —gruñó Garland, furioso.

Un vendedor de periódicos agitó la hoja impresa ante los dos hombres.

Un titular en enormes mayúsculas preguntaba:

«¿Dónde está Carol Finland?»

En el despacho particular de Garland, dijo Sterling:

—En cierto modo me aliviaría saber que fuiste tú el que mató a Meyer. Así, al menos, estaría seguro de que Meyer no habló a nadie con respecto a Maureen.

—¿Carol Finland? —murmuró Garland, entornando el párpado izquierdo—, ¿Dónde diablos he oído este nombre?

—No te escarbes las meninges. Es el nombre que dio Maureen ante el juez. Es también el nombre con el que está inscrita en el sanatorio. Lo malo es que también el doctor Virgil sabe leer, como su personal.

—Es que el apellido Finland me suena de hace tiempo.

Detuvo Sterling el gesto de encender su cigarrillo. Gruñó:

—No me digas que Maureen empleó el nombre de una persona existente. Trata de recordar, Beck. Después sería tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para impedir que la verdadera Carol Finland entre en escena también. Porque apenas lea el periódico, se pondrá nerviosa, o la policía dará con ella. Hurga en tu memoria, Beck.

—¡Ya está! Carol Finland es una modista que hace algún tiempo vestía a Maureen.

—No cabe duda que Maureen es un caso. Para cubrir su identidad no se le ocurrió nada mejor que tomarle el nombre a su modista, el de una mujer que la conoce.

Sterling fue a bajar la palanca del dictáfono, pero comprobó que estaba ya comunicando con el despacho de la secretaria. Por lo tanto, Ketty Jardine había oído toda la conversación.

—¿Ketty? Hola, aquí Sterling, como ya te habrás enterado, puesto que eres la secretaria de toda confianza, trata de ponerte en contacto con Harry Castel y si no lo consigues vete a Montrose. De mi parte. Es preciso sacar a Maureen de Montrose. Conviene que, por ahora, la policía no pueda relacionar a Maureen con Meyer. No es que crea que ella ha matado a Meyer, pero sería igualmente un escándalo de Prensa. ¿De acuerdo, Ketty?

—Ahora mismo. ¿Me autoriza, señor Garland?

—¡Sí! —vociferó Garland, quitando la comunicación.

Añadió pensativo, mirando a Sterling:

—¿La policía busca a Carol Finland?

—Sí, y yo también voy a hacer lo mismo. También busca la policía al supuesto hermano de Maureen. Bueno, de la supuesta Carol Finland. En cuanto al doctor Virgil, estoy seguro de que no hablará. Voy a ver si consigo encontrar a la verdadera Carol Finland.

En el Anuario de nombres y calles, constaban tres Carol Finland. Un apellido irlandés, muy extendido. También el nombre de Carol. Copió las tres direcciones y tomó un taxi.

La primera Carol Finland era taquimeca.

La segunda habitaba un pequeño chalet, en cuyo poste de entrada se leía Alta Costura.

Sterling hizo detener al taxi unos cincuenta metros más allá. Pagó y, deshaciendo camino, inspeccionó los alrededores.

Un barrio tranquilo y ningún varón oliendo a Comisaría.

Penetrando en el jardín del chalet, no sabía aún lo que le diría a la legítima Carol Finland. Esperaba que fuese, al menos, una mujer comprensiva.

Llegando a la puerta bajo el porche, pulsó el timbre. Oyó perfectamente el tintineo interior. La puerta estaba entreabierta.

Pasaron minutos. Nadie acudía.

Clem Sterling entró, empujando la puerta con las espaldas. En el centro del vestíbulo, llamó:

—¿Hay alguien en la casa?

Nadie contestaba. Sterling repitió la llamada, para oír solamente el eco de su voz, resonando en la casa.

Penetró en la sala contigua, mitad salón, mitad taller.

Y vio a Carol Finland.

Inclinada sobre la máquina de coser. Con la cabeza apoyada en un antebrazo, como si se hubiera adormilado trabajando.

Pero el mango de un cuchillo plantado entre sus hombros, revelaba que Carol Finland no se despertaría nunca más.

Sterling se acercó tocando la mejilla. Tenía nociones de medicina forense.

Aquella mujer había muerto muchas horas antes. Aproximadamente hacia la medianoche.

Y armarios, cajones, cestas... todo había sido registrado. Clem Sterling abandonó el chalet por la puerta trasera.

CAPÍTULO VII

Al volante de su coche de alquiler, porque ya no quería emplear más taxis, cuyos conductores, pudieran luego testimoniar acerca de sus visitas, Clem Sterling, iba ascendiendo la carretera hacia el sanatorio del doctor Alex Virgil.

Frenó al ver a una joven que estaba pugnando por cambiar un neumático de su coche. Era una joven que inspiraba optimismo. Y lo necesitaba Clem Sterling, que bajando de su coche, dijo:

—Buenos días, señora. ¿Puedo serle útil?

Ketty Jardine asintió, frotándose las manos llenas de grasa y lodo:

—Creo que en este momento, mucho.

A lo lejos se silueteaba el soberbio edificio de Montrose.

—¿Hace tiempo que estás aquí, Ketty?

—Una media hora y estoy segura de que por el desierto Mohave pasan más coches que por esta carretera. No pude localizar a Harry Castel, pero dejé encargado que le comunicasen que telefonara a Beck Garland, quien le dirá a Castel que venga a reunirse con nosotros en Montrose.

Clem Sterling iba procediendo al recambio. No pensaba citar la muerte de la legítima Carol Finland.

—Ya está en forma, Ketty. Puedes volver a la oficina.

—¿Sigues al lado del dictador Beck?

—Hace años, Beck me salvó la piel. Tengo sólo la que me ves y soy un sabueso agradecido. Y aunque no esté de acuerdo con Beck en ciertas cosas he decidido sacarle de apuros... hasta que pase el período de elecciones. Después te invitaré a pasar una luna de miel en una isla desierta.

—De aquí a que pase el período de elecciones, pueden suceder muchas cosas... graves, Clem.

Un coche bajaba procedente de Montrose. Con dos ocupantes en el asiento delantero. Al pasar frenó un poco pero siguió su marcha descendente.

Tuvo tiempo Sterling de ver un rifle de caza a través de los muslos del que estaba junto al volante. «Extraño», pensó, porque la veda aún no había sido levantada.

—Vuelve a tu oficina ahora mismo, Ketty.

Y pasando al volante de su coche, Sterling pisó el arranque, conduciendo hacia el sanatorio.

En el gran vestíbulo, el cabello color de miel de Lorraine Bryce tenía

reflejos preciosos. No llevaba su uniforme blanco almidonado, sino un traje sastre, muy oscuro, muy elegante.

Viendo a Sterling, pareció ella no sólo sorprendida, sino asustada:

—No... he oído su coche, Sterling.

Y bajando la voz, añadió:

—Le ruego no diga nada de mi encuentro con Harry Castel anoche...

—Soy mudo como una tumba vacía, señorita. ¿Y cómo va la salud de mi enferma?

—No muy bien.

—¿Un exceso de *whisky*?

—En cierto modo, sí. No sé si sabrá que solemos mezclar un sedante en el alcohol que a dosis decrecientes permitimos que tomen los dipsómanos.

—Fina palabra para mentar a los borrachos. ¿Y qué pasó con el sedante?

—A veces les produce una leve indisposición.

—He venido a ver a la señorita Carol Finland esté o no indispuesta.

—Está en tratamiento y creo que el doctor Virgil en estos momentos se halla con la señorita Finland. Voy a verlo.

Poco después, aparecía el doctor Virgil. Tenía los párpados enrojecidos como si hubiese pasado la noche en vela.

—Buenos días, señor Sterling. ¿A qué debo el honor de su visita?

—A la señorita Finland. Ciertos acontecimientos que acaban de producirse hacen ya imposible prolongar su estancia aquí, doctor.

—¿Acontecimientos? ¿Cuáles?

Lorraine Bryce apareció tras el doctor. Se había cambiado la ropa. Era ahora una magnífica estatua blanca.

—¿No leyó los periódicos, doctor? —insinuó Sterling.

—Sí, pero no establecí relación. De todos modos, ahora ella está reposando. Pasó muy mala noche y tuve que administrarla calmantes. ¿Por qué no vuelve esta noche, después de cenar, señor Sterling?

Clem Sterling rebatió secamente:

—¿Es que supone que de aquí a la noche darán con ella?

—No pensará que ella... se ha escapado...

—Es precisamente lo que pienso. He visto a dos guardianes bajando la carretera. Uno con un rifle. La señorita Bryce está inquieta. Usted también, doctor.

Las espaldas del doctor Virgil parecieron perder anchura. Murmuró:

—No se consigue nada con ocultarlo. En efecto, se ha fugado.

Entró en su despacho, siguiéndole Sterling. Lorraine Bryce, no.

—¿Qué piensa hacer, Sterling? —preguntó Virgil.

—Oírle a usted, de momento.

—¿Es ella la que ha...? ¡Diantres, señor Sterling! Pudo advertirme que

ella tenía... ¿cómo diría yo...

—¿Tendencias homicidas contra dueños de bar? —sugirió el detective.

—Ese hombre, ese Bill Meyer.

—No lo mató Maureen. Pero la policía podría pensarlo así. Y es aquí, donde usted entra en escena, *Doc*

—¿Yo? —balbució Virgil, sinceramente sorprendido.

—En carne y cerebro. Si la policía viene a investigar, declarará que Maureen Garland no abandonó ni un segundo este local. Declarará que no la perdió de vista ni un segundo.

—Pero, ¿y si no la encontramos?

—La encontraré, pero mientras, llame de nuevo a sus guardianes. Cuanta menos gente esté enterada de la desaparición, mejor. ¿Cuántas personas lo saben?

—Yo, la señorita Bryce, la enfermera Parker que vio el cuarto vacío y tres enfermeros, dos de los cuales son los que vio usted en la carretera. Claro que, salvo yo, nadie sabe que Carol Finland es Maureen Garland.

—Es preciso que a todos ellos les inculque la necesidad y conveniencia de declarar en el sentido de que ella no abandonó el establecimiento.

—¿Y si la policía detuviera... a Maureen Garland antes que la encontrásemos? No, no me gusta nada todo esto, señor Sterling.

—Me temo que le gustará aún menos al ir transcurriendo las horas, *Doc*. Pero es por su culpa. Le recomendé una vigilancia muy estricta. Quiero ver la habitación que ocupaba Maureen.

Sonó el teléfono. Lo cogió el doctor, escuchó y lo tendió:

—Para usted.

Era Beck Garland. Su tono manifestaba un nerviosismo contenido.

—¿Qué demonios es la nueva historia a propósito de Maureen?

—¿Cómo sabes que estaba aquí?

—Ketty Jardine acaba de comunicármelo. ¿Sigue Maureen en ese sitio, Clem?

—¿Qué te hace imaginar lo contrario?

El gruñido de Garland habría hecho palidecer de envidia a un mastín.

—Un desconocido acaba de telefonearme. Me dijo si quería saber dónde estaba Maureen. Y añadió que no me gustaría que la policía fuese informada del lugar donde está Maureen.

Por la ventana vio Sterling el coche conducido por Harry Castel. Venía oportunamente su ayudante.

—¿Qué más te dijo tu misterioso comunicante?

—¿Está sí o no Maureen ahí? Y si está... ¿quién diablos ha matado a Carol Finland?

—Tu informador debió citar una cantidad. ¿Qué tarifa para que se callase

—¡Cien mil! —bramó Garland—. Y ahora, por el amor de Dios, ¿está o no Maureen ahí contigo?

—Me temo que no —suspiró Sterling, colgando.

Unas sábanas anudadas entre sí se enrollaban junto a la ventana, amarradas por un extremo al radiador de calefacción.

El doctor Virgil, Lorraine Bryce y la enfermera Parker contemplaban al detective Sterling sin la menor simpatía.

—Me gustaría poder fijar con cierta exactitud la hora en la que mi recomendada estimó conveniente irse sin despedirse, enfermera Parker. ¿Fue usted la última en verla?

Mary Parker, morena, huesuda y poco agradable de ver, contestó secamente:

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las nueve de la noche. Abrí la puerta y parecía estar durmiendo.

—¿Cerró con llave la puerta?

—¿Cree usted que es por amor al deporte por lo que ella empleó la ventana? —rebatíó, indignada, la enfermera Parker.

Sterling vio a Harry Castel, muy cerca de Lorraine Bryce. Esperó que el doctor Virgil, demasiado preocupado, no percibiera la maniobra envolvente del joven y enamorado ayudante Castel.

—¿A qué hora comprobó su desaparición, enfermera?

—A las siete de la mañana.

—¿No llamó durante la noche?

—No.

Sterling señaló el teléfono sobre la mesita de noche:

—¿Y esto?

Intervino en la conversación el doctor Virgil:

—¿Cree usted que telefoneó al exterior para conseguirse complicidades?

—Es bastante posible. Y ahora, pasaré a examinar el sitio del jardín por donde escaló el muro, según deduce usted, doctor.

Lorraine Bryce y la enfermera se quedaron en el vestíbulo y el doctor acompañó a los detectives al jardín.

Guiñándole un ojo a Sterling, comentó Castel:

—Iba lista la ciudad, *Doc*, si fuese usted el director del Parque Zoológico.

Alzó los hombros el psiquiatra, dando a entender que no apreciaba los chistes. El sol iba declinando.

—He aquí el sitio —dijo Virgil, señalando una acacia junto al muro.

Miró Sterling a lo alto del muro, sembrado de trozos de vidrio. Presentó las dos manos entrelazadas a su ayudante, que se encaramó:

—¿Ves algo, Harry?

Harry Castel tanteó cuidadosamente entre los vidrios puntiagudos, hasta recoger una pelusa negra, que saltando al suelo, tendió a Sterling:

—Astrakán de abrigo femenino, Clem.

—Y ella trajo su abrigo de astrakán negro.

Una campanilla de amplificado sonido repercutió a intervalos.

—Me llaman, señores. Si me necesitan, ya sabrán encontrarme.

Se dirigió hacia el edificio principal, y preguntó Castel:

—¿Qué deduces, Clem?

—Todavía nada en concreto. Hay algo poco convincente en esta historieta de fuga. Demasiadas huellas bien preparadas. Tengo la impresión de que Maureen no salió por su propia voluntad. Sabía que permaneciendo aquí, se ganaba una renta vitalicia y la libertad de casarse con Conrad...

Iba caminando hacia la casa y añadió:

—Supongo que los periódicos hablarán ya del segundo crimen.

—¿El asesinato de Carol Finland? La radio daba ya la noticia... Y a propósito de lo que te dije ayer, Clem. Eran los nervios. Yo estoy contigo hasta el final, como tú con Beck.

—Olvidado. ¿Sabes la última novedad? Un desconocido ha telefoneado a Beck, diciéndole que pague cien mil a cambio de silenciar lo que sabe.

—¡Vaya ansioso! ¡Cien mil nada menos! Una cantidad que deslumbra a cualquiera.

Deteniéndose en el jardín que empezaba a ser invadido por las sombras, inquirió Sterling:

—¿Para cuándo tu próxima cita con Lorry?

—Me estoy arrugando y no por culpa de ella ni mucho menos. Es que pienso en Virgil y me parece de cuidado. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es posible que no sea sólo Virgil quien sepa la verdadera identidad de la fugitiva. A falta de algo mejor, imaginaremos que se escapó. Ya has sabido encontrarla otras veces, Harry. Tal vez ahora tengas suerte. Verifica un recorrido por los lugares de costumbre, incluido el domicilio de Boyd Conrad.

Pasaban delante de las ventanas del despacho de Virgil. Oyeron voces enzarzadas en discusión. Se aproximó Sterling y por entre los «gradulux» vio al doctor Virgil en pie, enfrentado a un visitante colérico.

El visitante era Boyd Conrad, aspirante a la blanca mano de Maureen.

—...usted miente, doctor. Ella está aquí.

—Me canso ya de repetirle que no está.

Pensó Sterling, que el doctor Virgil estaba corriendo el riesgo de lucir un ojo a la funerala.

—Ella ha estado aquí.

—¡No!

Tendió Conrad un índice acusador:

—Entonces, ¿qué hace el coche de Sterling aquí?

Apartándose, susurró Sterling:

—Quédate aquí, para asegurarte que nadie escucha en las ventanas.

Dio la vuelta al edificio y entrando en el despacho, se dirigió hacia Boyd Conrad:

—Creo que le interesa saber por qué estoy aquí, ¿no?

—En efecto y además quiero saber dónde está Maureen. Todo lo que ocurre no me gusta, pero si tuviera la certeza de que se han limitado solamente a recluir a Maureen mientras llegan las elecciones...

—¿Qué le hace suponer que Maureen estuviera aquí?

—No creí ni un momento en el cuento que me recitó el mayordomo. Si Maureen hubiese ido a Santa Bárbara, me lo habría notificado. Y entonces pensé que posiblemente, Beck Garland dio la orden de recluirla.

—¿Y ha ido visitando todas las casas de orates?

—Eso es.

—Mal hecho, porque era preferible que nadie supiera que Maureen ha desaparecido.

—¿Ha... desaparecido?

Y después de su balbuceo, Conrad readquiriendo aplomo, se dirigió al teléfono:

—Ya es tiempo que las autoridades sepan todo esto.

Iba a tocar el teléfono, cuando Sterling movió el brazo derecho. En gancho corto, que alcanzó de lleno la punta del mentón de Conrad.

Un «k. o.» perfecto. No le dejó caer Sterling, que se lo cargó al hombro.

—Es preciso retirar de la circulación a este muchacho, doctor, o si no dentro de poco toda la policía invadirá su loquilandia.

Respirando con dificultad, dijo Virgil:

—No pensará usted... liquidarlo... en fin... dejarle...

—Oh, no, doctor. El señor Conrad es un amigo de la familia Garland y además un enamorado.

Abrió un ventanal, saliendo a la terraza. Le seguía Virgil, completamente alelado.

Sterling cogió por el cabello a Conrad, inerte sobre su hombro:

—¿Verdad que está muy enamorado, Conrad?

Agitó el cabello y la cabeza de Conrad pareció asentir con vigor.

—Hemos de ser tolerantes con los pobres enamorados, *Doc*. Hasta otra. Sterling echó a Conrad al interior del coche, y abandonó el sanatorio.

CAPÍTULO VIII

Aquel terreno pertenecía a una urbanizadora que abandonó las obras. En una de las alamedas desiertas, junto a un álamo, el «Buick» estaba detenido.

Boyd Conrad tenía sus muñecas unidas al volante con esparadrapo. A su lado, Clem Sterling manifestó:

—Puede gritar, que nadie más que nosotros dos nos enteraremos. Está usted furioso, pero ha de comprender que no podía hablarle allí.

Señaló Sterling la colina donde las luces del sanatorio Montrose titilaban como estrellas.

—Si está usted enamorado de Maureen no lo demuestra, porque con su comportamiento la pone en peligro.

—¿Por qué... la ha hecho desaparecer... como si ella huyese de un crimen que no ha cometido?

—Yo no la he hecho desaparecer. Usted es inteligente, Conrad. Hágase dos preguntas. ¿Qué nos preocupa actualmente a Garland y a mí? Las elecciones. ¿Qué las echaría a perder? Precisamente, cualquier incidente relacionado con Maureen. Mientras no se demuestre lo contrario, usted es para mí, como otras personas, un sospechoso. Pero por un instante, admitiré que es usted inocente.

Contó Sterling la reyerta en el bar de Meyer, la aparición de Maureen bajo la identidad de Carol Finland ante el tribunal, el pacto que había convenido con Maureen y las muertes de Meyer y Carol Finland.

—¡Es imposible que Maureen... haya matado...!

—Desgraciadamente, Maureen es una alcohólica. Y bajo la influencia del alcohol, ella pudo creer que Meyer y Carol supusieran un peligro de chantaje, que le haría perder a ella su renta vitalicia y su libertad.

—Pero suponiendo esto... ella habría vuelto a Montrose, porque era precisamente su coartada.

—Pudo alguien impedirselo. Alguien que luego telefoneó a Beck pidiéndole cien mil dólares para guardar silencio. Cien mil dólares es una fortuna que deslumbra a cualquiera. Usted no es rico, Conrad.

Crispó los puños Conrad, pese al esparadrapo.

—Quiero razonar, Sterling. ¿Y si todo no fuera más que fruto de la imaginación de Garland? ¿Y si no existiese el chantajista? Beck Garland no se anda con escrúpulos.

—Es posible, pero lo descarto. El chantajista puede ser usted, yo, Harry

Castel, el doctor Virgil, su secretaria, la enfermera...

—Y también el enemigo político de Garland, Ernest Gutman.

—Gutman no habría pedido cien mil dólares. Se habría limitado a iniciar un bombardeo escandaloso desde sus periódicos.

—Meyer pudo visitar a Gutman.

—¿Y Gutman iba a matar a su principal testigo?

—Pero es posible que por un conducto u otro se enterase, y su petición de cien mil dólares no fuera más que una artimaña. Y que reserve la artillería pesada para el momento oportuno, obligando a retirar las candidaturas de Martyn. En fin, usted lo averiguará.

Hubo un silencio y añadió lentamente Conrad:

—Me preguntó antes si yo estaba enamorado de Maureen. Al principio experimenté por ella un poco de ilusión. Después... me desilusionó. Yo soy miembro de una especie de club... constituido por antiguos bebedores que lograron enmendarse... Conocimos los horrores de esta pasión y tratamos de ayudar a los dominados por este vicio... Moralmente, me comprometí a intentar salvar a Maureen. ¿Ridículo no?

—No, no es ridículo —dijo, gravemente, Sterling.

Fue quitando el esparadrapo. De nuevo experimentaba respeto por Boyd Conrad. Era un pobre idealista.

Entrando en el vestíbulo de su hotel, pidió Sterling al conserje si tenía correspondencia, o alguien había preguntado por él.

Sin mover apenas los labios, como si fuera un ventrílocuo, informó el conserje:

—La policía. Le esperan junto al ascensor.

—¿Alguien más?

—Señorita Ketty Jardine, que le telefonee. Y el matrimonio Smith, del Hotel *Albatros*, también ha llamado. No he dicho nada a la policía.

—Gracias.

Sterling pasó al kiosko para adquirir el periódico. La policía buscaba con intensidad a la «mujer misteriosa». Con dos asesinatos en su haber, la «mujer misteriosa» estaba a punto de convertirse en el enemigo público número 1.

Doblando el periódico, Sterling se dirigió al ascensor. Manifestó una gran sorpresa al ver a los tenientes Moore y Toby Preston.

—Caramba, caramba... ¿Qué tal, Moore? Celebro verle, teniente Preston.

Ben Moore tenía un aspecto lóbrego, con su largo abrigo oscuro. Toby Preston, con su impermeable arrugado, sus zapatos de suela crepé y su fieltro calado hasta las orejas, personificaba al polizone clásico.

Masticaba un puro apagado y encima de su corbata, su rostro redondo tenía el color de una salchicha.

Pero Clem Sterling, fanático de la moral en los demás, hubiese querido que todos los policías fuesen como Toby Preston. Inteligentes, honrados y tolerantes.

—¿Puede concedernos unos instantes? —inquirió Moore.

—No faltaría más —aseguró jovialmente Sterling, pero inquieto íntimamente.

La cortesía en Ben Moore, era un mal síntoma.

—Podemos sentarnos aquí y charlar.

Moore señaló el ascensor:

—Prefiero subir a su nidito, Sterling.

El detective privado miró a Toby Preston:

—¿Por qué la toma conmigo su colega, Preston?

—No nos obligue a ponernos violentos, Clem. Un par de preguntas nunca dañan.

—Según.

Subieron silenciosos en el ascensor. En el salón, colgó Sterling su abrigo en el armario, aprovechando la ocasión para ocultar el revólver propiedad de Lou Mitchel.

—¿Una jornada atareada, Sterling? —silbó Moore.

—Trabajando para Garland no queda tiempo para aburrirse.

Escanció *whisky* en tres copas. Mojó en la suya los labios el teniente Moore, antes de manifestar:

—Toby Preston y yo trabajamos en dos asuntos distintos, pero tenemos la sospecha de que pueden estar relacionados. ¿No oyó nunca hablar de una tal Carol Finland?

—Ni idea.

Pasó Moore a la alcoba, regresando con un marco en el que estaba una fotografía conjunta de Beck, Maureen y Melvin Garland.

Mostró el marco, de modo que cubría a Beck y a Melvin con una mano.

—Cuando encontramos el cadáver de Carol Finland, requerimos al agente que la detuvo en el bar Meyer, al juez que la sentenció y al ujier. Ninguno de los tres pudo reconocerla. Y por otra parte, tenemos una buena descripción de la mujer misteriosa que compareció ante el juez, acusada de embriaguez y escándalo en el Bar Meyer.

Hablando, intentaba Moore sacar la foto del marco.

Clem le atajó:

—Posiblemente, cree usted que la mujer en cuestión es Maureen Garland. De todos modos, teniente Moore, le aconsejo que deje este marco tal como está, con su contenido intacto.

Un destello de siniestra jovialidad iluminó el semblante de Moore:

—Si no es ella, no tiene nada que temer, Clem.

—Se equivoca, Moore, y si prosigue por este terreno los periódicos armarán jaleo. Podría haber una denuncia de Garland por calumnia, abuso de autoridad, libelo... ¿Le gusta su cargo, teniente Moore?

Intervino rápidamente Toby Preston:

—Si pudiéramos interrogar a Maureen Garland... Bastaría que nos dijese dónde pasó la noche, anteayer.

—¿Por qué no? Ya saben su dirección, ¿verdad?

—Es que ella no estaba.

—¡Maldito sea el corcho! —gritó Moore—. Le estás diciendo a él todo lo que quiere saber, Toby.

—¿Estuvieron en casa de Garland? —preguntó Sterling, amablemente.

—¿Y qué, si así fuera?

—Háganme caso. Todo esto me huele a apaño politicastro y es terreno resbaladizo. En media hora, yo puedo encontrar media docena de rubias parecidas a Maureen. ¿Por qué, precisamente, la buscan a ella?

El rostro de Preston se crispó:

—Cuidado, Sterling, con las insinuaciones. No le permito a nadie que diga que yo puedo servirle de monigote a ningún político.

—A usted no le acuso, Preston. Pero tengo la impresión de que alguien está resbalando.

Miró a Moore, añadiendo:

—¿Cuánto paga Ernest Gutman por comprometer a Beck Garland?

Ben Moore dio un paso adelante:

—Por mucho menos, les he hecho saltar los dientes a varios tipos listos.

—Es posible, pero vayamos al grano, teniente Moore. Si tiene pruebas, sáquelas. Y si no, vaya con cuidado.

—Un momento, un momento —intervino Preston, apaciguador—. No es discutiendo como llegaremos a resultados positivos. Ben me ha sugerido que la descripción dada por agente, juez y ujier, podría ser la de Maureen Garland. ¿Qué mal hay en que fuéramos a ver si la encontrábamos?

—Eres un blanducho, Toby —recreminó Moore.

—Pienso en que a otros los expulsaron por resbalar, Ben.

—¡Vamos a ver! ¿Es lógico que los criados en casa de Garland no sepan dónde está Maureen? ¿Es normal que preguntemos por Melvin y su cabaretista de esposa?

Chasqueó la lengua Sterling:

—¡*Chistt, chistt!* Sandra Dahl fue estrella de revista y hoy es una esposa honesta, teniente Moore. Libelo, calumnia. Artículo catorce.

—¡Vamos a ver! ¿Es normal que no se sepa dónde están Melvin y su esposa? ¿Y que usted se pase el día donde el diablo sabrá?

—Entonces, enséñeme un documento acreditativo que usted tiene

derecho a meterse en la vida íntima de los demás ciudadanos honorables. Desde este mismo instante renuncio a seguir contestando correcta y disciplinadamente. A usted no le aprecio, Moore, y le consta. A usted le aprecio, Preston, pero tengo que mudarme, tomar una lucha y cenar. Si se dan cuenta de la indirecta, ya saben dónde está la puerta.

Ben Moore pareció meditar entre embestir o coger el pomo de la puerta. Se decidió por esta última acción, pero al abrir, barbotó:

—¡Te pescaré, Clem Sterling y las pagarás todas juntas!

—Amén —murmuró Sterling, coincidiendo con el portazo.

Empezó a desvestirse. Y el teniente Preston opinó:

—Hace usted mal en exasperar a Moore.

—Es posible que hice mal al acusar a Moore de dejarse convencer por Gutman. Pero con usted puedo portarme mejor, Preston. Sepa que la coartada de Maureen Garland si se supiera podría perjudicar tanto a Beck Garland como si fuera ella la que hubiese cometido los delitos de que la quieren culpar.

—Yo no la acuso de nada. Lo que sucede es que el fiscal nos está abroncando a propósito de las muertes de Meyer y la Finland, y no sabemos siquiera por dónde empezar la investigación.

Disimuló Sterling su satisfacción.

—Supongamos que yo le revelo el lugar donde estuvo anteayer por la noche y la reciente, Maureen Garland. ¿Qué haría usted?

—Guardarlo secreto... si comprobaba que era verdad.

—¿Tendría que decírselo a Moore?

—Escuche, Sterling. Se equivoca con respecto a Moore. Tiene mal genio, pero no es un mal sujeto. No admite sobornos de nadie.

—Yo sólo creo en la honradez de usted, Preston. Y no es coba. Tengo mi archivo particular con referencia a la policía y usted es de los primeros en cuanto a honradez.

—Gracias. ¿Dónde pasó la noche Maureen Garland?

Pensó Sterling que más valía sacrificar la virtud de Maureen:

—Con Boyd Conrad. No apruebo su conducta, pero hay que tener en cuenta las humanas flaquezas. Pero también para evitar que Garland y sus rivales pudieran enterarse, obligué a Maureen a abandonar la ciudad.

—¿Hablará Conrad?

—Es un caballero y además, abogado, pero tal vez consienta, si usted sabe interrogarle.

Ya en la puerta, se volvió Preston:

—Me olvidaba... Anteanoche, alguien intentó matar a Joe Cairo. Esta tarde en un rincón del muelle han encontrado el cadáver de un tal Bugs, que era un escolta de Cairo. ¿Conocía a Bugs?

—Ni idea. Sería un nuevo recluta.

—Tenemos la sospecha de que pudo ir a interrogar al joven Melvin.
¿Sabe dónde está Melvin?

Sterling juzgó prudente indignarse:

—¡Vaya ideas que tiene este malpensado de Ben Moore!

—No se trata de Moore. Sabemos que Melvin se casó con la novia de Joe Cairo. Y éste, no iba a aceptarlo tan dócilmente. Por lo tanto tiene Melvin un móvil para defenderse y contraatacar.

—Si fuese así, ya lo hubiese denunciado Cairo.

Los ojos grises del teniente Preston demostraban cansancio:

—No me tome por tonto, Clem. Tenemos tanto interés en los pasos de Joe Cairo, que prefiere arreglar sus asuntos personalmente, como en los suyos mismos, Clem, por la misma razón, aunque usted trabaje a sueldo decente de Beck Garland. Para resumir, yo no acuso a Melvin Garland de andar disparando y matando. Pero es preciso que todo esto cese. Y cesará, porque los polizontes de la ciudad, yo el primero, estamos ya hartos. ¿Entendidos, Clem? ¿No tiene nada más que decirme?

—No.

Suspirando, comentó Preston:

—Usted es mayor de edad y responsable de sus mentiras, Clem.

Salió, cerrando lentamente la puerta. Moore había dado un portazo. Pero la suavidad de Toby Preston era más impresionante.

Tras telefonear a Conrad, Sterling, bajo la ducha, bufó como si hubiera estado verificando ejercicios muy violentos. Mentir era a veces muy pesado. Sobre todo, si se trataba de los tenientes Moore y Preston.

CAPÍTULO IX

Sterling iba a cerrar la luz, disponiéndose a salir, cuando llamaron a la puerta.

Una llamada netamente femenina. Abrió, sorprendido al reconocer a Lorraine Bryce, que con su vestido negro parecía más un maniquí que una enfermera.

—¿Puedo entrar, Sterling?

El detective, abriendo del todo la puerta, hizo un saludo versallesco.

—Le suplico se digne penetrar en mi humilde choza, Lorry.

Sentándose en el diván, dijo ella:

—No le soy simpática, ¿verdad?

Poniéndose la diestra abierta sobre el corazón, protestó Sterling:

—Usted me deslumbra, pero les temo a las rubias.

—Ya... Por la experiencia con la señorita Finland, nuestra ex-enferma. ¿Tiene noticias de ella?

—Ninguna.

Sonriendo ambiguamente, preguntó ella:

—¿Cuál es la verdadera identidad de nuestra ex-enferma? Sé leer, y los periódicos hablan del cadáver de Carol Finland, pero la foto no corresponde a nuestra ex-enferma. Y quiero conocer qué papel desempeñaba en todo esto el doctor Virgil. Me interesa saberlo, porque el doctor Virgil es mi prometido.

—Ah... ¿Y Harry Castel, entonces?

—Un encuentro fortuito, nada más. Por cierto, que también he venido para hablar de la señorita que anoche estaba con usted. No recuerdo su nombre.

—Ketty Jardine —silabeó Sterling.

Cubrió con dos dedos, el temblor de su labio superior, el *tic* furioso.

—Me parece haberla ya visto. Y hoy supe dónde. Mi prometido conserva una colección de fotografías como ésta.

Tendió a Sterling una fotografía postal. De Ketty Jardine, la secretaria de Garland.

En la esquina inferior había una dedicatoria:

«Afectuosamente, Ketty».

Endurecidas las facciones, rezongó Sterling:

—No veo la importancia de esta foto, Lorry.

—¿No está usted enamorado de Ketty?

—Es posible. ¿Y usted del doctor Virgil?

—Estoy loca por él, salvo los días en que lo mataría con alegría, porque es un hombre desconcertante.

—Lo que a mí me desconcierta es la forma en que se ha evadido ella. ¿No cree usted que es posible que la hayan ayudado?

—No lo sé, pero quiero saber el papel del doctor en todo esto. Si ha actuado criminalmente, no tendré inconveniente en ayudarle en su investigación.

—¿Piensa ir a la policía?

—Si la policía tuviera dinero, sí. Porque es evidente que nuestra enferma es alguien importante, y a mí me gusta el dinero. Por esto he venido al manantial... al menos, al único manantial que yo conozco. Puedo ayudarle, Sterling, pero luego, necesito una recompensa en metálico.

—Puedo afrontar la contingencia. ¿Por qué cree que es Virgil el que ayudó a la fuga?

—No he dicho que fuera él, sino que pienso que es posible.

Meditó Sterling unos instantes:

—Tengo ahora una cita urgente, pero luego más tarde, iré al sanatorio.

—De acuerdo.

Salió ella, dejando la estela de su penetrante perfume.

En el despacho de su casa, sentado en mangas de camisa, el alcalde David Martyn tenía la amable sonrisa del hombre de mucha experiencia.

Beck Garland ahumaba la estancia con su cigarro, caminando de pared a pared, como una fiera enjaulada. Imprecó:

—¡No seas terco, Dave! Estás bailando sobre un volcán, repito. Más vale que nos separemos, si quieres ser reelegido.

Entrando, Clem Sterling saludó al alcalde. Le consideraba un hombre de real integridad. Sonrió Martyn preguntando:

—¿Qué piensa usted de esto, Clem?

—Ignoro por ahora lo que Beck haya podido contarle.

Fulminándole con la mirada, vociferó Garland:

—¡Todo! ¡Le he contado todo! ¿Por qué diablos estoy aquí, si no? Porque quiero que, si decide permanecer conmigo, lo haga con pleno conocimiento de causa.

Sterling pensó que era conveniente lanzar una ofensiva y dirigiéndose a Martyn afirmó:

—Lo que propone Beck es excelente, señor alcalde, a condición de hacerlo lo antes posible. Le será fácil, señor alcalde, amordazar a la

oposición y convertirse en el héroe público. Discursará usted más o menos así: «Habiendo llegado a mi conocimiento que la hermana de mi amigo más íntimo es culpable de dos asesinatos, o al menos sospechosa de haberlos cometido, y que empleó la falsa identidad de Carol Finland, y aunque yo, personalmente, esté apenado por estos sucesos, mi juramento ante el gobierno es el que prevalece, y mi deber antes los ciudadanos del Estado, me obligan a renunciar públicamente a la amistad de Beck Garland...» ¿Qué? ¿No te gusta mi estilo, Beck?

—¡No, no me gusta! Es violento...

—Pero será eficaz.

Levantándose, intervino Martyn:

—Clem te está exasperando para demostrarte que tu sugerencia es absurda. Antes que político soy tu amigo, Beck.

—Puedes hundirte, Dave.

—Es posible, pero con honra. ¿Qué novedades hay, Clem?

—Muchas, más por ahora no logro coordinarlas.

—No habrá abandonado usted la partida, supongo.

Beck Garland emitió un rumor que quería ser una carcajada sarcástica.

—¡Clem, el infalible, nunca capitula!

El alcalde consultó su reloj.

—Tengo que coger el avión y agradezco tu oferta, Beck, pero tanto si Maureen es culpable como si no lo es, insisto en no borrarle de mi partido. Aunque tenga que perder las elecciones. Si aceptase tu renuncia, me avergonzaría como hombre.

—Gracias, Dave.

Pasó Martyn a la habitación contigua para arreglar su equipaje.

Dijo Sterling:

—Me dieron tu encargo de que viniese aquí con urgencia.

Adoptó Garland el tono irónico:

—Deseo que me indiques cuántas horas me quedan por vivir.

—A primera vista, te doy vida hasta el momento en que el chantajista haya cosechado sus cien mil. Por cierto, el que te telefoneó tenía una voz extraña, ¿verdad?

—¿Cómo sabes tú que tenía una extraña voz?

—Es lo que se aprende yendo al cine, y viendo cómo telefona el villano que no quiere sea reconocida su voz.

—Lo peor es que casi siempre tienes razón. Parecía como si el tipo o la mujer, hablase acatarrado o con un pañuelo ante los labios.

—¿Has preparado el dinero según sus instrucciones?

—Sí. Y el chantajista ha pensado en todo —aseguró Garland furioso, sacando de su cartera un resguardo—. Dejé el dinero en el cofre fuerte de alquiler de la estación terminal de los Autobuses Sur. Este es el resguardo,

para poder recoger la cartera que allí dejé con el dinero dentro.

—¿Debe volverte a llamar?

—Sí, dijo que volvería a llamarnos... A ti o a mí.

Había cierto titubeo en Garland y comprendió Sterling que su patrón había sugerido al chantajista que se pusiera en último contacto con él.

—Comprendo, patrón. Preferirías que fuese yo el que me hiciera degollar si surgiesen complicaciones.

—Naturalmente. Ahora, si temes por tu precioso pellejo y si prefieres que un pobre viejo como yo, afligido de una tensión elevada...

—Basta, Beck, basta, que me estás destrozando el corazón —sonrió ácidamente Sterling, guardándose el resguardo—. Me ocupo de este otro asunto complementario. Ya, dada la situación, tanto da un poco más de jaleo. Buenas noches y cuídate la presión.

El matrimonio James Smith carecía de entusiasmo al recibir a Sterling.

—¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer aquí prisioneros? —preguntó Melvin Garland con evidente mal humor.

—Poco. Además, no hace mucho que soñabais con vivir eternamente a solas. Cada día se encuentran menos románticos. Bien, bien. ¿Os habéis puesto ya de acuerdo sobre quién de vosotros dos le atizó plomo a Joe Cairo?

—¡Ninguno de nosotros dos! —exclamó Sandra.

—Pues es preciso tomar ya una decisión, Melvin. O bien puedo convencer a Cairo que no fuiste tú o Sandra, y esto lo veo casi imposible... o bien os entrego a la policía, y ella os protegerá, porque yo no puedo hacerlo ya que me han salido bastantes tareas ajenas a vosotros.

—¡No te atreverás a entregarnos a la policía!

—Lo creo lo más razonable, antes que Cairo y sus artilleros den con vosotros y os desmenuen. Y ahora, Melvin, no me digas que era de tus narices, la sangre que había en tu pañuelo.

—¿Qué pañuelo?

—El que intentaste quemar en la chimenea de tu piso. También habrías tenido que quemar su traje, Sandra. Suerte que lo pude asar yo.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó ella con aplomo.

—Nadie. ¿Dónde escondisteis el revólver?

—No hay revólver —replicó Sandra—. Admito que la historia parece inverosímil y yo tampoco la creí en un principio. Anda, Melvin, cariño... Es hora ya de explicarlo todo.

Melvin Garland recitó con voz monótona:

—Admito que seguí a Joe Cairo en el callejón. Tenía el propósito de darle una paliza. Todo el callejón estaba en tinieblas y cuando creí llegado

el momento llamé a Joe Cairo.

Sterling esbozó una mueca sardónica, completando:

—Y en el momento en que Cairo giraba sobre sus tacones, sonaron los disparos. Cayó al suelo y tú te precipitaste sobre él para socorrerle. Y es así como manchaste tu pañuelo y tu traje.

—Ya sabía yo que no me creerías.

—¿No viste al que disparó? ¿No le oíste escapar?

—No.

—Pero, entonces, ¿qué demonios estabas haciendo? ¿Llorabas sobre el desmayado?

—Tuve la impresión de que todos los coches patrullas estaban ya cercando el callejón y sólo pensé en salir escapado.

—Genial, amiguito —sonrió Sterling, descolgando el teléfono y marcando un número—: ¿Octava Comisaría? Comuníquenme de urgencia con el teniente Toby Preston, de la Brigada Criminal. Aguardo.

Tapó la boquilla con la mano:

—Hay que tener valor, Melvin y contarles la pura verdad a la policía.

Se humedeció Melvin los labios:

—Sí, pero me detendrán.

—Con lo cual estaréis tú y Sandra a salvo de Cairo, porque ella también será detenida.

—¿Y cuándo se entere mi padre? —susurró Melvin, temblando.

—Es preferible que tu padre siga teniendo un hijo... aunque esté en la cárcel.

Apartó la mano de la boquilla, y dijo:

—Buenas noches, Preston. Le he identificado por el gentil gruñido. Pase ahora mismo por el Hotel *Albatros*. Creo que tengo a la pareja ideal. Habitación 77.

Los tenientes Moore y Preston entraron en la habitación. Con aspecto receloso.

Habló Sterling:

—Ustedes querían hablar con Melvin y Sandra. Aquí están.

—Seguro que los encontró casualmente —declaró Moore, irónico.

—Me telefoneó Melvin, anunciándome su intención de entregarse con Sandra a la policía.

Toby Preston inquirió:

—¿Cómo sabían que los buscábamos, si la prensa no lo ha publicado?

—Melvin sabía que otro le buscaba, Joe Cairo. Y lo que quiere es estar protegido con su esposa, hasta que la verdad resplandezca.

Preston se rascó la sien, y Moore arguyó:

—Tendrá seguramente una historieta bien urdida, ¿no?

—Bastante mala —afirmó Sterling—. Tan mala que huele a verdad. Vamos, Melvin, desembucha con corrección.

Melvin Garland repitió su relato y Moore gruñó:

—¿Y le ha sido necesario tanto tiempo para este cuento?

—No le exigimos que se lo crea, Moore. Y no siga registrando porque no hay ningún revólver escondido. Pero yo voy a regalar algo que es útil. Estos botones pertenecen a un traje de Melvin. Uno de ellos lleva aún un poco de sangre, de cuando Melvin se inclinó sobre Cairo.

—¿Dónde está el traje?

—Estaba sucio y lo quemé por higiene.

—¿Por qué han esperado hasta ahora?

—Pónganse en su lugar, señores. Usted, Moore, en la piel de Sandra, viendo a su maridito entrar con sangre en el traje. Ya oyeron el relato de Melvin, es difícil de creer, porque es la verdad. Sólo los criminales tienen preparadas historias muy lógicas. Melvin no pudo ver al agresor, porque el callejón estaba en tinieblas. Podía pensar que fuera Sandra...

—¡Y puede que sea ella! ¿Quién sabe? —masculló Moore.

—En efecto, no sabe nada, Moore. Abreviando, tienen ustedes ante sí, a un matrimonio bien avenido, que pasados los momentos de juvenil temor, y convencidos ya de su mutua inocencia están dispuestos a entregarse a la tutela de la policía.

—Sigue pareciéndome un cuento —afirmó Moore.

—Razón de más para ponerles entre rejas mientras comprueban si miento o no. Y si comprueban que dicen la verdad, entonces su deber, señores, es participarlo a la prensa para que proclame su inocencia y cesen las calumnias.

Toby Preston intervino:

—Parece usted muy seguro de sí mismo, Clem. De lo contrario, nos habría impedido encontrar a la parejita. De lo cual dedujo que tiene usted otra pista.

Suspiró Sterling:

—En mi vida he tenido que esforzarme tanto para conseguir que metan en la cárcel a dos personas. Pero siendo generoso de nacimiento, les doy una idea gratis: las balas extraídas de las heridas de Joe Cairo, son seguramente del mismo calibre que las que trufaron a Bill Meyer.

Pestañeó Preston, asintiendo en silencio, involuntariamente.

—Sigan esta sugerencia, señores. Conducirá al culpable, que no es ni esta parejita ni Maureen Garland.

—¿Dónde está Maureen? —quiso saber Moore.

—No tengo la menor idea y palabra que no miento.

Toby Preston tocó en el hombro a su colega:

—No arriesgamos nada con detener a Melvin y Sandra como testigos principales.

—Bueno —se resignó Moore—. Pero espero pronto poderle esposar por lioso y enredón, Clem Sterling. Vámonos, parejita. ¿Viene con nosotros, Clem?

—Con harto dolor de mi corazón, no. Tengo que buscar un abogado. Buenas noches.

Esperó a verles partir en el coche y marcó un número en el teléfono.

Comunicó a Joe Cairo la reciente detención de Melvin y Sandra.

—Creía que usted había decidido entregarme al joven Melvin en bandeja, sabueso.

—Límpiese que está de huevo, Joe. Estaba usted tan convencido de que yo lo haría, que me envió a Lou Mitchel y al robot. Además, dije que se lo entregaría en bandeja si era culpable, pero Melvin no lo es.

—Demuéstrelo.

—Tengo el pleno convencimiento. Escuche, Joe, no es que le tenga el menor afecto, pero es posible que le necesite para un asunto que se avecina. Reflexione un poco respecto a los momentos que precedieron a los disparos en la calleja. ¿Alguien le llamó, no? ¿Y usted se volvió, verdad?

—Sí, ¿y qué?

—El que le llamaba era Melvin. Usted se volvió y fue entonces cuando le metieron plomo por la espalda.

—Ya. Por lo tanto, según esa tesis, excluido Melvin.

—Por completo. Y es más, habría podido callarse que estuvo en el callejón.

Hubo una pausa y replicó por fin Cairo:

—No digo que crea del todo la historia de Melvin, pero puedo prometerle algo, sabueso. Si no es él, y si me comunica la verdadera identidad del agresor... cuente conmigo.

—Okey. ¿Qué tal la salud, Joe? ¿Ninguna complicación?

—Sobreviviré —dijo secamente Joe Cairo, colgando.

En la calle, llovía intensamente. Se mojó Sterling antes de llegar a su coche.

En su hotel, el ascensorista le anunció que llovía infernalmente, cosa que el detective ya había comprobado.

Tenía los dedos entumecidos cuando colocó la llave en la cerradura. Abrió y dirigía la mano al interruptor, cuando oyó algo que se movía en la oscuridad. Y un objeto duro y pesado silbó en el aire, conectando con su cráneo.

Clem Sterling se sumió en las más completas tinieblas.

CAPÍTULO X

Un pelotón de herreros estaba trabajando en su cráneo y tenía la impresión de estar masticando cenizas. Recordó de pronto que se llamaba Clem Sterling y que estaba ciego.

Además de hallarse en el suelo, las paredes de aquella habitación estaban muy juntas y podía palpar las cuatro paredes con sólo tender las manos y encima de su cabeza, colgaban cosas flácidas.

Lana. Trajes. Por lo tanto, estaba encerrado en un armario.

Poco después recordó que tenía llaves en su bolsillo. Una clase de llaves que si un policía las encuentra, siente el impulso de llevarlas a la comisaría con su dueño.

Empezó Sterling a registrarse todos los bolsillos. Estaban vacíos y al comprobarlo le pareció imposible. Los bolsillos nunca estaban vacíos. Siempre había algo en ellos.

Además, recordaba que en uno de ellos había guardado algo importante. Sí, el resguardo entregado por Garland. Un resguardo con el que se podía sacar la cartera conteniendo cien mil dólares.

Se lo habían quitado.

Embistió la puerta del armario, a puntapiés y puñetazos, hasta que su propio tamborileo le ensordeció. Descansó un instante, y entonces oyó un tamborileo idéntico, pero menos ruidoso, por fuera.

Replicó con entusiasmo, y por fin la puerta se abrió. Pestañeando, avanzó hasta reconocer a Ketty Jardine, en su propio cuarto.

Le flaquearon las rodillas, debilidad que aprovechó para asirse fuertemente a la secretaria de Beck Garland.

—Estás herido, Clem.

—Hueles a primavera, a vida, a mimos deliciosos, Ketty —murmuró el detective—. Y no son efectos del golpe. ¿Golpe? Tengo que telefonar a Beck.

Tambaleándose fue a marcar el número, pero el mayordomo Dupont informó que el señor Garland estaba ausente.

Colgando, interrogó Sterling:

—¿Y a qué debo el inmenso placer de tu visita, Ketty?

—Quería hablarte de algo confidencial.

—Luego. ¿Sabes cómo era la cartera donde metió Beck cien mil dólares?

—¿Qué cartera?

Suspiró Sterling, resignado, volviendo a marcar números tras consultar la guía. El empleado de consigna en la estación terminal Sur, pidió el número del resguardo.

—Entonces, tendrá que rellenar un formulario, describir la cartera y su contenido, esperar tres días.

—¡Oiga! Lo que quiero saber es si la cartera sigue ahí.

—Voy a ver. ¿Qué clase de cartera?

—Posiblemente, con un escudo representando una bahía y torres petrolíferas.

Pasaron minutos y por fin el empleado informó que ya no estaba aquella cartera y que el otro empleado recién relevado, la había entregado a alguien que presentó el debido resguardo.

No, no tenían idea del aspecto de dicha persona, puesto que pasaba tanta gente al cabo del día...

Colgó Sterling y dijo Ketty:

—Está sangrando y sería mejor llamar a un médico.

—Me curo solo y además quiero tener la línea libre, porque espero una llamada infalible. ¿Qué querías decirme?

—Yo, cuando me encontraste junto al coche cambiando un neumático, había decidido no entrar en Montrose. Reventé voluntariamente el neumático.

—¿Por qué?

—No quería volver a ver al doctor Virgil. Fue mi novio y lo dejé cuando supe que era un chantajista, un ser sin escrúpulos, muy astuto. Es capaz de todo.

En el cuarto de baño, con la cabeza bajo el chorro, se sintió mejor Sterling. Tanto físicamente como amorosamente. Ella prosiguió:

—Duró poco nuestro noviazgo, porque me di cuenta pronto que era un canalla. Fue mi primera desilusión, y lloré mucho. Ya pasó todo.

Secándose, Clem Sterling pensó si resultaría muy difícil estrangular a un hombre que llevaba barba como el doctor Virgil.

Estaba ya limpio y con otro traje, cuando el teléfono avisó. Y el conserje estaba ya advertido de que ganaría veinte dólares si averiguaba la procedencia de cualquier llamada telefónica a Clem Sterling.

—¿Clem Sterling?

La voz de alguien hablando a través de un filtro de tela. Un murmullo de alguien silabeando.

—Así me llamo.

—¿Tiene ya los cien mil dólares?

—No. Por la sencilla razón de que los tiene usted, amigo.

—Considero desplazada la broma, Sterling.

—Me duele aún la cabeza de resultas de su caricia bestial. Y estaba

esperando que me llamase, convencido que usted diría que es otro el que me ha golpeado y se llevó el deslumbrante resguardo.

—Es posible que alguien se lo haya cogido, pero no yo. Quiero los cien mil convenidos.

—Ya los tiene. De mí ni un centavo, ni del patrón.

—Una decisión que lamentaré. Lea los periódicos mañana por la mañana. Y cambiará de parecer. Como quiero dar pruebas de buena voluntad, me limitaré sólo a hacer pública una pequeña porción de lo que sé. Lo bastante para que comprenda que no bromeo. Y después, volveremos a hablar.

—Yo puedo ir también a la Prensa.

—No lo hará, porque las consecuencias serían eminentemente deplorables para Beck Garland. Lea mañana el periódico.

Cortaron la comunicación.

Y poco después, el conserje anunciaba triunfalmente:

—El número de su comunicante era el 27-MT-52, Pine Hill.

Ahorquillando, murmuró Sterling:

—El teléfono del doctor Alex Virgil. Parece mentira que un tipo inteligente emplee su propio teléfono para chantaje. Si era él o no, eso lo sabré luego. Pero por fin estoy seguro de algo. No eras tú.

—¿Acaso... sospechabas de mí...?

—Es lo malo de mi profesión. También sospeché de la propia Maureen. Cien mil es una fortuna que deslumbra a cualquiera.

—¿Y ya no sospechas de Maureen?

—¡No! Rotundamente, no.

—¿Por qué tanta certeza?

—Porque tengo el desagradable convencimiento de que Maureen está muerta.

Se estremeció Ketty Jardine. Dominó Sterling el temblor de su labio, y añadió:

—Harry Castel la está buscando inútilmente. No la encontrará. Lo malo en mi profesión es que me coloco siempre en el cerebro del otro. Y este otro ya le sacó a Maureen el provecho suficiente con su desaparición. Ya Maureen era para él un estorbo futuro. Por esto, tengo el convencimiento de que Maureen está muerta.

—¿Le tenías mucho afecto?

—Sí, mucho, como se quiere a un enfermo del que uno se ha preocupado mucho tiempo. Posiblemente, Boyd Conrad y yo estaremos tristes el día que la entierren, si es que se encuentra el cadáver. Hablemos de otra cosa. Cenaremos juntos.

Terminaban de cenar en la misma habitación, cuando de nuevo el teléfono llamó. Era Harry Castel.

—Tengo un paquete para ti, Clem.

—¿Un paquete? ¿Ella?

—No. Él. Se llama Conrad y tiene una curda espantosa.

Cuando abrió la puerta, vio que la expresión empleada por su ayudante no era excesiva. Boyd Conrad, asesor de la *Gulf Range*, miembro de la sociedad de Borrachos Arrepentidos, se sostenía en pie, gracias a los esfuerzos de Harry Castel.

Declamó Conrad entre hipo:

—No se pueden explorar las cloacas sin recoger barro.

—El barro estaba por fuera de las botellas —aclaró Castel—. Hacía lo mismo que yo. Buscaba a Maureen. Sólo que él en cada sitio que entraba pedía un doble de licor.

Concentrando sus pupilas, vio Conrad a Ketty Jardine. Le dedicó un saludo versallesco, de resultas del cual, tuvieron que recogerle del suelo entre Sterling y Castel.

—Lo dejaremos en mi cama, hasta que se le pase. Tenemos que ir de visita a Montrose, Harry. ¿Por qué lo trajiste aquí?

—Pensé que sería peligroso dejarle proseguir su búsqueda con tantas libaciones. Podía hablar y ser indiscreto.

—Bien hecho, Harry. Hasta mañana, Ketty.

El viento aplastaba la lluvia contra los parabrisas. Los faros iluminaban sólo unos metros de carretera.

—¿Llevas tu revólver, Clem?

—No.

—Pues lo hubiera preferido —dijo Castel, lúgubrementemente—. No me hace gracia visitar a Virgil de noche y por sorpresa.

—Tú me protegerás, Harry. Y podemos primero cortarle la barba, a ver si le pasa como a Sansón. Por de pronto, la puerta está abierta gracias a la colaboración de Lorry Bryce.

La verja estaba abierta tal como había convenido la secretaria y novia del doctor Virgil. La encontraron en el vestíbulo. Vestida de negro, cosa que hizo suspirar a Harry Castel.

Las rubias, de blanca piel, vestidas de negro, le daban sed.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Sterling.

—Salió. No me dijo adónde iba.

—Registraremos un poco su despacho.

—Si volviera y les sorprendiese aquí, me mataría.

—Razón de más para actuar con rapidez —aseguró Sterling.

Ella les condujo al despacho particular de Virgil. Pensaba Sterling que Virgil no dejaría nada comprometedor en sitio fácil de encontrar.

Castel registraba los sitios normales. Sterling apartaba los cuadros de las paredes, hasta que tras uno de ellos, encontró un panel que pareciendo de madera, produjo un sonido metálico al ser golpeado con los nudillos.

No había botones ni resortes. Sacó su cortaplumas y tras romper dos de las tres hojillas, consiguió abrir el panel.

En dos estantes metálicos, había paquetes de cartas atadas con cintas de diverso color y estuches de joyas.

Abrió Sterling varios estuches, hasta encontrar un collar de diamantes y esmeraldas. Propiedad de Maureen Garland.

Lorraine Bryce estaba en su despacho. Oyeron su grito y el ruido de un bofetón.

El doctor Virgil apareció en el umbral del despacho, revólver en mano. Pero fue Harry Castel el que disparó.

Alex Virgil dio un traspie y soltó su revólver, en el preciso instante en que disparaba Castel por segunda vez.

—¡Basta, Harry! —gritó Sterling, cogiéndole el antebrazo.

Su ayudante se desprendió violentamente y disparó de nuevo por dos veces. Consiguio Sterling desarmarle, tras un forcejeo.

El doctor Virgil había desaparecido.

Un rastro de sangre llevaba al despacho contiguo y a la abierta ventana. Saltó Sterling a la terraza. Sólo lluvia y tinieblas.

Se aproximó Castel que, a tientas, le deslizó el revólver propiedad de Virgil en la diestra:

—¿Viste por dónde fue, Clem?

—No.

—Debiste dejarme que lo liquidase.

—Muerto, no nos servía de nada, Harry.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Dejarle que te acribillase?

En el marco abierto se silueteó Lorraine Bryce. Llevaba en la mejilla la huella del bofetón.

—He dicho al personal que un ladrón ha huido, para justificar los disparos.

—No puede haber ido muy lejos, si le atinaste los cuatro balazos, Harry. Vamos a registrar los contornos, Lorry. Tome este revólver por si regresa Virgil, y cierre bien las puertas.

La búsqueda fue inútil. La lluvia borraba los rastros. Y en todo el edificio no se encontró huella del doctor Alex Virgil.

A las cuatro de la madrugada, el detective Sterling se despidió de su ayudante. Ambos tenían sueño y el convencimiento de que se aproximaba el momento final.

CAPÍTULO XI

A las nueve de la mañana, esperaba Sterling en el vestíbulo del *News Herald* la aparición de la edición segunda, pero se cansó y, dirigiéndose a una puerta con el cartel, «Prohibido entrar», la empujó.

Bajó a las rotativas y pudo coger un periódico recién impreso, húmedo aún. Lo desplegó y en primera plana vio el retrato de Maureen Garland. No cabía confusión.

Allí estaba Maureen Garland y al fondo se percibía el juez, el ujier.

El reportaje no explicaba cómo el periodista se había procurado aquella fotografía. No acusaba a nadie. Pero el nombre «Carol Finland» entre comillas se repetía incansablemente y el articulista prometía para pronto sensacionales revelaciones.

De pronto las rotativas pararon y los maquinistas se arremolinaron en torno al que acababa de parar las máquinas.

—¡Han encontrado a Carol Finland, la mujer misteriosa! ¡Nueva edición de primera plana! ¿Sabéis quién era? Nada menos que... ¡Maureen Garland!

Instalado al volante de su coche, oía Sterling al locutor: eran unos chiquillos los que habían encontrado el cadáver de Maureen Garland.

Chiquillos jugando a pieles rojas, en las colinas, después de la tormenta.

Sterling tenía estacionado su coche ante las oficinas de Ernest Gutman, propietario del *News Herald* y rival de Garland.

Oyó al locutor:

—...La policía está requiriendo la inmediata presencia del detective privado Clem Sterling, para aclarar ciertos asuntos. La muerte de Maureen Garland no ha sido debida a accidente, aunque su cuerpo fuese hallado en un barranco. El forense declara que el cuerpo presenta heridas no causadas por las rocas. En el bolso de Maureen Garland, ha sido hallado el revólver y el experto ha declarado que fue este revólver el que disparó contra Joe Cairo y mató a Bill Meyer.

El lugar donde había sido hallada Maureen Garland distaba poco del sanatorio del doctor Virgil.

Pensó Sterling si volvería a ver con vida al doctor Virgil.

En aquel momento paró junto a la acera un lujoso coche y Ernest Gutman se apeó de él.

Lo alcanzó Sterling junto al ascensor.

—Tengo que hablarle, Gutman.

El detective crispaba el puño en el bolsillo, en forma alarmante.

—¡Usted! —y la tez de Gutman, de sonrosada pasó al color yeso—. No quiero hablar nada con usted. Voy a llamar a la policía.

—Y sería lo último que diría usted.

Empujó Sterling a Gutman en el hueco entre ascensor y caja de escalera.

—¿Quién le dio la fotografía de Maureen ante el Tribunal del Alba?

—¿Qué foto?

—No se haga el listo, Gutman. Tengo mucho trabajo pendiente y bastante mal humor.

Escondido en el bolsillo, su puño sin arma, se hundió en el costado del prohombre.

—Usted compró la foto. ¿En qué circunstancias y cuánto pagó?

La papada de Gutman tembló como la de un pavo cebado.

—Usted es un granuja, Sterling. El dinero que me ha robado, ya le obligará la policía a devolvérmelo.

Sterling entornó los párpados, sin manifestar sorpresa al replicar:

—A condición de que viva lo bastante. No me caliente la sangre, Tartufo. ¿Quién le dio la foto?

Ernest Gutman miraba fascinado el bulto del bolsillo del abrigo, cercano a su costado. Se humedeció los labios.

—Ayer, después de la medianoche, alguien me telefoneó. Y después, un telegrafista me trajo el sobre con la foto. No sé nada más.

Sterling dio un empujón con el bolsillo de su abrigo. Forzando en sus labios un rictus que en nada le favorecía.

Ernest Gutman gimió:

—No, Sterling, no. Déjeme hablar. Esa foto constituía una prueba de la buena fe de mi comunicante anónimo. Me dijo que si reconocía a la persona de la foto y deseaba saber otros detalles concernientes a dicha persona, procederíamos a cierta transacción financiera.

—Y la transacción le interesó sobremanera. No pensó ni un instante en llamar a la policía, ¿verdad? Quería todo para usted, para su papelucho. La idea de llamar a la justicia y hacer detener al chantajista no se le ocurrió siquiera. Usted quería aplastar a Beck Garland y a su amigo Martyn. Siga hablando, o le liquido aquí mismo, en su propia salsera. ¡Vamos, hable!

—Quedé citado con el chantajista, que debía pasar por aquí a las nueve y media. Pasé esta mañana por el Banco a recoger veinticinco mil dólares. Y cuando salía del Banco, alguien me empujó brutalmente, me cogió el dinero y desapareció.

—¿Reconocería a su agresor?

—¿Cómo...? Ni siquiera me di cuenta de nada, porque rodé por el

suelo y estuve unos instantes sin consciencia.

—Quítele la «s» y será su estado habitual. ¿Por qué no previno a la policía? Porque prefirió perder los veinticinco mil antes que tener que admitir ante la policía, que estaba en relación con un criminal y que había ocultado a la policía hechos importantes. Ahora, Gutman, está usted tan comprometido como si fuera cómplice del asesino chantajista y será mejor que revise sus ediciones o le hundiré. Seguramente, al salir del Banco, pretextó usted un desvanecimiento.

—Sí... Pero ahora todo lo referente a Maureen Garland es del dominio público. Otros periódicos lo citan.

—Pero con usted hay una cuestión de ética.

Vio dilatarse los ojos de pez de Gutman y, volviéndose, Sterling se encontró cara a cara con el teniente

Toby Preston. Ahora él estaba encajonado como un ternero, pensó.

—Calma, Clem —aconsejó Preston.

—Nunca me pongo nervioso en los momentos solemnes, teniente.

Gutman había abandonado el hueco y se hallaba junto al teniente Moore, que exhibía una amarillenta sonrisa.

En el espacioso vestíbulo, la circulación parecía haberse interrumpido. Una mirada de pupilas estaban fijas en Sterling y él experimentó la sensación de hallarse en una sala de baile, en calzoncillos.

El teniente Ben Moore gruñó triunfalmente:

—Empieza bien el día. Venimos para interrogar al señor Gutman acerca de cierta fotografía, ¿y con quién topamos? Con el simpatiquísimo de Clem Sterling. Pásale los brazaletes bien ajustados, Toby.

—Ey, ey, un minuto —protestó Sterling—. No puedo perder el tiempo en discusiones vanas con la policía, mientras el asesino sigue galopando libremente.

—No discutiremos mucho tiempo, Clem —anunció, cariñosamente el teniente Moore—. No se le acusa de nada, Clem, salvo de saber que Maureen había matado a varias personas y usted no quiso comunicarlo.

Se endureció su mirada:

—Te he dicho que le pases las esposas, Toby.

—Va en seguida.

Y con movimientos muy lentos, el teniente Preston empezó a sacar las esposas, que le cayeron de las torpes manos. Con la misma torpeza se inclinó para recogerlas, empujando a su colega.

Aceptó Sterling la ocasión que le brindaba Preston.

Batió el récord de carrera de obstáculo, empujando gente, hasta salir a la calle, donde penetró en el edificio contiguo, cogiendo el ascensor. Mientras, le buscarían por la calle y lejos de allí.

—Espero no haberla asustado —afirmó Sterling. Estaba entrando en el despacho de Lorraine Bryce. Y parecía apenado porque ella había palidecido al verle.

Harry Castel contempló con aspecto alelado el revólver que acababa de sacar de su funda, al oír los pasos.

—Yo no sé lo que habrá sentido Lorry, jefe, pero a mí me ha pegado usted un susto. Creí que era el doctor Virgil.

—¿No has oído hablar del doctor?

—No. ¿Dónde diablos ha pasado la mañana, jefe? Hay policías por todas partes buscándole.

—¿Han venido aquí?

—No, pero no tardarán en venir.

—¿Sabéis algo de Virgil?

—Completamente nada.

Intervino Lorraine Bryce:

—Ignoro cuál de los dos saldrá responsable por no haber advertido a la policía del suceso de anoche. Lo menos que podían hacer era notificar la desaparición de Virgil.

—Era lo lógico —advirtió Sterling—. Pero yo acariciaba la esperanza de que el *Doc* regresase para estrangularte. Bueno, quiero decir, para intentar estrangularte, Lorry.

—La tormenta borró todas las pistas —dijo Castel—. Y por cierto, que estoy apenado por la muerte de Maureen. Ha sido un duro golpe para Beck.

—Y mucho peor para Maureen. Por lo que te concierne, Lorry, ¿tendrías la bondad de dejarme a solas con Harry?

Señaló la puerta. Y ella salió sin comentarios.

Harry Castel se rascó el pecho con el cañón de su revólver.

—Dame tu petardo, Harry. Estás nervioso y podrías apretar el gatillo sin darte cuenta.

—Es verdad. Toma. Y además, estoy harto de llevarlo siempre encima.

Contempló a Sterling que se aproximaba a la ventana, mirando fuera.

—¿Pasa algo, jefe?

—Tengo la impresión de que durante toda la semana, los gorilas de Joe Cairo me han estado siguiendo.

Colocándose el revólver de Castel en el bolsillo, volvió al centro del despacho, señalando la máquina de escribir.

—Por cierto, hubo un tiempo en que eras un excelente mecanógrafo, Harry. ¿Tienes inconveniente en tomarme una carta al dictado?

—Pero, ¿qué diablos...?

—Necesito aclarar las cosas en negro sobre blanco. Así, no me olvidaré

de nada.

—Bien, si es tu capricho...

—Con duplicado, ¿quieres?

Sentándose ante la máquina, obedeció Castel, alzando los hombros como quien es tolerante con los caprichos ajenos.

Paseando por el despacho, Clem Sterling empezó a dictar:

—Los Angeles, California, primero de noviembre. Al fiscal del Condado. Punto y aparte. Estando al servicio de Ernest Gutman, yo, voluntariamente, y guiado solamente por afán de lucro, he asesinado a las siguientes personas: William Meyer, Carol Finland y Maureen Garland.

Dejó de teclear Harry Castel y comentó, extrañado:

—Podrás decirme que no es asunto mío, pero me gustaría saber quién diablos consentirá en firmar esta confesión. ¿Tú, jefe?

Seca la garganta, sintiendo deseos de acabar cuanto antes, denegó Clem Sterling con la cabeza. Y dijo tristemente:

—Lo vas a firmar tú, Harry Castel.

CAPÍTULO XII

—Desde el intento de asesinato en aquel callejón, la madeja se fue desarrollando —especificó Sterling.

Castel escuchaba, tensas las facciones.

—Se acabó el caso, Harry. Podría hacerte una brillante exposición de mis observaciones y teorías, pero no sobra el tiempo. Es un asunto muy sucio, Harry, muy sucio... Prometías ser un buen sabueso, pero te deslumbró la ocasión. Y ahora, vas a rendir cuentas. Te asarás en la silla eléctrica tan seguro como estoy ante ti, porque cuando tengo que coger a un asesino, me olvido de amistades antiguas.

Un grito que parecía proceder del piso alto, rasgó la pausa de silencio. Medio incorporado en la silla, murmuró Castel:

—¿Quién ha gritado?

—Sin duda, los gorilas de Cairo. Me han seguido hasta aquí, y ahora estarán interrogando a Lorraine Bryce.

—Piensas en todo, Clem —murmuró Castel con voz ronca.

Reclinó la cabeza sobre los cruzados brazos, y durante un minuto el silencio fue absoluto. Cuando volvió a hablar, su voz parecía venir de muy lejos:

—Anoche pude matarte en tu piso. Tal vez hubiese tenido que hacerlo, pero no pude: ¿Comprendes?

Asintió Sterling, sintiendo cierta opresión en el pecho.

—Te estás preguntando si existe un medio de escapar, Harry. No, no existe. Es tarde... La casa está sitiada por la gente de Cairo.

Como para confirmar sus palabras, apareció en el umbral Joe Cairo. Llevaba el brazo en cabestrillo y el cuello algo ladeado, como enyesado.

—¿Necesita usted ayuda, Clem Sterling?

—No.

—No olvide que este tipo me pertenece, tan pronto termine usted con él.

—¡Lo sé! —gritó Sterling—. ¡Váyase al infierno!

—De momento, sí —admitió impasible, cerrando por fuera.

Pasaron unos segundos y dijo Castel:

—Lo descubriste por la foto, ¿verdad?

—Sí. Tenías una máquina de retratar liliputiense bajo tu americana cuando avanzaste hacia el juez declarándote hermano de Maureen. Tú sólo podías haber tomado aquella foto, desde aquel ángulo.

Se pasó Sterling los dedos por el labio superior, como para borrar el temblor y prosiguió:

—Te olvidaste que yo estaba en la misma proyección a tus espaldas, Harry.

—Anoche debí matarte, Clem. ¿Qué le pasará a Lorraine?

—Ella sólo ha sido tu cómplice, no la autora de las muertes. Es bonita, para quien le gusten las rubias... Podrá salvarse.

Señaló Castel la máquina.

—Sigue dictando, jefe. Pero es falso que yo trabajase para Gutman. De todos modos, sigo preguntándome por qué anoche no te maté. No tengo inconveniente en escribir que maté a Bugs. Dan el mismo por uno que por cuatro cadáveres.

Miró Sterling hacia la puerta, Castel bajó la voz:

—Por lo que más quieras, Clem, no me entregues a Cairo. Entrégame a la policía, pero a Cairo... Ni un cerdo como yo lo merece.

Asintió lentamente Sterling y Castel empezó a teclear, dictándose:

—Soy también autor de los disparos contra Joe Cairo. Lo hice para comprometer a Melvin Garland y su esposa, sembrando así la confusión mientras me proponía atacar a Maureen.

Reflexionó unos instantes:

—La noche en que se me ocurrió la idea general, Clem Sterling y yo buscábamos a Melvin Garland, cuya esposa nos dijo había desaparecido. Supe que lo habían expulsado de un club de Cairo, y que tenía por lo tanto un motivo para querer vengarse. Al saber que Maureen había sido detenida, pensé de pronto que tenía en mis manos la ocasión de enriquecerme. Pero no bastaba para exigir de Garland cien mil dólares. Para comprometer a Maureen, maté a Meyer.

Apartó los dedos del teclado y murmuró:

—Es curioso, pero sólo la muerte de Maureen me produce remordimiento. Porque la otra desgraciada...

Hizo chasquear los dedos:

—...Carol Finland, ni siquiera la conocía. ¡Deja de mirarme así, Clem! Ella no sufrió... Ni siquiera adivinó que iba a morir. Y en cuanto a Maureen, cuando la sacamos de aquí Lorraine y yo, le dije que deseabas que se alojase en otro sitio. Y para que sospechasen de que ella había cometido los otros dos crímenes, era preciso hacer lo que hice, pero para obtener el dinero necesitaba haceros creer que podía entregar a ella cuando quisiera. Y si los chiquillos no hubiesen encontrado a Maureen, yo le habría podido sacar a Beck otros cien mil. Porque al ver la foto publicada, él habría pagado otros cien mil.

—No. Te deslumbraste, sabueso. No hubiéramos ya pagado ni un centavo.

—Es verdad. Me olvidaba ya de la maldita foto. Ella es la que te orientó hacia mí.

Harry Castel alzó los hombros.

—Nosotros los sabuesos, siempre decimos que los criminales acaban por caer. Y compruebo, a mi costa, que es verdad.

—Escríbelo así en tu confesión, Harry.

Tecleó Castel y sacando las dos hojas, firmó.

—Y ahora tengo que decirte dónde está Alex Virgil. Volvió esta madrugada. Trataba muy mal a Lorry. Vino agonizando y está muerto.

Sterling quitó las balas del revólver que había sido de Virgil, se guardó dos y quitó el plomo de otras dos.

—¿También adivinaste que le dejamos el revólver sin cargar? —preguntó Castel.

—No en seguida, pero comprendí que tú y Lorraine no os ibais a arriesgar a que Virgil os matase.

Hizo rodar el tambor del revólver, añadiendo:

—Mataste dos personas para que sospecharan de Maureen; mataste a Maureen para hacer sospechar de Virgil; y matas a Virgil, como si fuera en legítima defensa.

Se aproximó Sterling a la ventana:

—La policía, Harry. Han llegado antes de lo que esperaba.

—¿Dijo usted a la policía que veníamos aquí?

—No.

Harry Castel cogió el revólver que había dejado Sterling. Presionó sobre el gatillo, encañonando a Joe Cairo.

El percutor dio en el cartucho sin plomo.

En pie, desfigurado de rabia homicida, Harry Castel encañonó a Sterling que, cogiendo una silla, la empleó como parapeto.

Por segunda vez el gatillo dio en otro proyectil sin plomo.

Pero Joe Cairo atinó en la frente y corazón de Harry Castel, antes que éste, en su tercer disparo, pudiera acertar con la bala entera.

—¡Maldito tramposo! —rugió Cairo—. Apañó usted este asunto!

Inclinándose, recogió Sterling el revólver que la mano muerta había soltado.

—No vacié el revólver.

Apuntó a la lámpara y el tercer gatillazo escupió plomo.

El despacho se llenó de policías.

—Bienvenido, teniente Preston. Ídem, Moore. Aquí está el cadáver y encima de la mesa su confesión. Joe Cairo les contará el resto.

Se dirigió a la puerta, pensando que de un momento a otro iban a detenerlo.

Pero todos estaban ocupándose del cadáver, de la confesión, de Joe

Cairo, de Lorraine Bryce y los acólitos de Joe Cairo.

Clem Sterling sentía frío al caminar por la carretera. Harry Castel había sido un gran sabueso, hasta que le deslumbró la ocasión.

Además de frío, sentía deseos de alejarse para siempre de aquella ciudad.

Se detuvo asombrado.

Un coche dos plazas, y una joven preciosa, tratando de recambiar un neumático que estaba normalmente hinchado.

Clem Sterling se sacudió el recuerdo del reciente acontecimiento:

—Perdón, señora; ¿puedo ayudarla en algo?

—Señorita —sonrió Ketty Jardine.

Sus ojos no eran del todo dorados, ni tampoco grises, pensó Sterling.

—Las tareas mecánicas no son de Eva. Son cosas viriles.

Sentándose junto al volante, hundidas las manos en los bolsillos, esperó Sterling a que ella acelerase el coche.

—Tenemos ahorros, Ketty. Es pregunta.

—Yo, tres mil doscientos quince.

—Yo, ochocientos doce con veinte en el Banco y unos doscientos en el bolsillo. Bastante para montar una tienda de cualquier cosa, en una isla lejana, con poca gente. Sólo turistas, de paso...

—¿Adónde vamos, Clem?

—Rectos a la isla ésa.

Frenó ella. La besó Sterling apretadamente y cuando pudo ella respirar, susurró:

—¿Esta misma noche, Clem? Las dos firmas en la licencia matrimonial.

—Esta misma noche firmamos, embarcamos y al compás de las olas me cantarás el «Hula, Hula». Me tienes deslumbrado, Ketty. Para toda la vida.

—Así sea —musitó ella con fervor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS. Impreso en España